

**Juan Charal,
el más gandalla**

Beatriz Donnet



Cristóbal y su caja de perros

Roxanna Erdman



Rofo y la dona de piedra

Nuria Gómez Benet



Juan Pinky

Monique Zepeda





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: BEATRIZ CLAUDIA ZAVALA PÉREZ
Consejeros electorales: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ
FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO
ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO

Secretario ejecutivo: OLIVERIO JUÁREZ GÓNZALEZ

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: OBDULIO ÁVILA MAYO
Suplente: JUAN DUEÑAS MORALES

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: GUSTAVO GONZÁLEZ ORTEGA

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES
Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADALID MARTÍNEZ GÓMEZ

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: ZULY FERIA VALENCIA
Suplente: MAURICIO GARCÍA PARKER

CONVERGENCIA

Propietario: ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietario: ADOLFO ROMÁN MONTERO
Suplente: SARA PÉREZ ROJAS

ALTERNATIVA SOCIALDEMÓCRATA Y CAMPESINA

Propietario: JORGE CARLOS DÍAZ CUERVO
Suplente: ANA KARINA SOLANO GÓMEZ

INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS
CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA
DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: AGUSTÍN CARLOS CASTILLA MARROQUÍN
Suplente: JORGE TRIANA TENA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: JORGE FEDERICO SCHIAFFINO ISUNZA
Suplente: MARTÍN CARLOS OLAVARRIETA MALDONADO

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: JUAN CARLOS BELTRÁN CORDERO
Suplente: ISAÍAS VILLA GONZÁLEZ

NUEVA ALIANZA

Propietario: XIUH GUILLERMO TENORIO ANTIGA
Suplente: GLORIA ISABEL CAÑIZO CUEVAS

COALICIÓN PARLAMENTARIA SOCIALDEMÓCRATA

Propietario: RAÚL ALEJANDRO CUAUHTÉMOC RAMÍREZ
RODRÍGUEZ
Suplente: LEONARDO ÁLVAREZ ROMO

COALICIÓN PARLAMENTARIA DE IZQUIERDAS

Propietario: JUAN RICARDO GARCÍA HERNÁNDEZ
Suplente: ENRIQUE PÉREZ CORREA

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

PRESIDENTA

Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES

Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión y Producción de Materiales

Corrección de estilo: Nilda Iburguren, técnica especializada "A"

Diseño, ilustración y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Autores: Beatriz Donnet, Roxanna Erdman, Nuria Gómez Benet, Monique Zepeda

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Ira. edición, diciembre de 2008

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 978-607-7582-08-3

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-46-5

**Juan Charal,
el más gandalla**

Beatriz Donnet

11



Cristóbal y su caja de perros

Roxanna Erdman

51



Rofo y la dona de piedra

Nuria Gómez Benet

75



Juan Pinky

Monique Zepeda

115



PRESENTACIÓN

Con este nuevo volumen de la Colección Abriendo Brecha, el Instituto Electoral del Distrito Federal da un paso más en el largo camino de construcción de la cultura democrática en la Ciudad de México. Las historias que lo conforman están enlazadas por un hilo conductor cuya materia son los valores de la democracia. Los destinatarios principales son la generación en tránsito entre la niñez y la juventud, es decir, quienes están en el umbral de la adolescencia o ya lo han atravesado y caminan por esta etapa de la vida buscando sus propias definiciones, sus propias verdades.

El Instituto agradece a las autoras, escritoras con reconocida trayectoria en el medio literario, el haber aceptado participar con estos cuentos cuya trama

está permeada por la búsqueda de relaciones humanas basadas en el respeto, el diálogo, la solidaridad, la participación, valores que están en la base de toda sociedad armónica y plural.

En las primeras páginas del libro emerge, desde las profundidades del lago de Pátzcuaro, la historia de Juan Charal, personaje alegórico que condensa la experiencia de muchos mexicanos en su peregrinar hacia una nueva realidad donde encontrar cabida. Sin embargo, la desilusión, la soledad, la pérdida de identidad, el no ser ya “uno más”, sino “uno menos”, son las razones que lo impulsan al regreso y a un replanteo vital que transforma sus relaciones familiares y sociales. Así, donde antes había autoritarismo, ahora hay diálogo; donde había violencia, hay respeto; donde había indiferencia, hay responsabilidad y participación. Y finalmente, el convencimiento de que los problemas comunes se resuelven entre todos.

“Cristóbal y su caja de perros” nos introduce en una familia cuyos miembros resienten en su comunicación las interferencias provocadas por resabios autoritarios que privilegian la imposición frente al diálogo y el consenso. Sin embargo, un hecho inesperado que rompe la rutina cotidiana y requiere tomar una decisión, los lleva a replantear aspectos de la convivencia cuya resolución feliz provoca

júbilo en el protagonista: “ ‘Estamos vivos’, pensó, y una sonrisa le iluminó el rostro”.

La imaginación y la frescura que recorren las páginas de “Rofo y la dona de piedra” alimentan una entretenida historia donde se mezclan estudiantes, hadas y robacoches. Las vicisitudes que deben enfrentar los personajes se van superando gracias al apoyo mutuo y solidario, y así, llegan al final de la aventura con la convicción de que los problemas no se resuelven “por arte de magia”, sino por la acción decidida de las personas, en un concierto de voluntades capaz de generar la fuerza más completa, la fuerza poderosa de la “magia conjunta”, y con ella, la máxima luz: el brillo dorado.

“Juan Pinky” sitúa la acción en el medio escolar, donde la falta de respeto y solidaridad de parte de algunos compañeros, aunada a la discriminación y la impunidad prevalecientes, llevan al personaje central a tomar una decisión que pone en riesgo su permanencia en la escuela, y afecta incluso su vida familiar. Justamente la solidaridad inesperada y valiente de un compañero –víctima también de la discriminación– lo reafirma en su autoestima, le muestra una nueva dimensión de la amistad y le permite plantarse de otra manera en la vida, con una actitud de compromiso frente a las arbitrariedades que tuvo que sufrir.

Ojalá que la lectura de estos cuentos proporcione a los lectores el disfrute literario y motiven su reflexión sobre aspectos de la convivencia y la realidad social susceptibles de mejora si se los enfoca desde la perspectiva de una voluntad participativa. Si así ocurre, el objetivo de este libro se habrá cumplido.

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Juan Charal, el más gandalla

Beatriz Donnet
(en coautoría con Guillermo Murray)

Beatriz Donnet

Narradora. Es autora de la investigación “Situación y análisis de la colección de literatura infantil A la Orilla del Viento”(Fondo de Cultura Económica). Coordinó el suplemento infantil “El Cotorro”, del periódico *El Universal*. Fue titular de la cátedra “Literatura para niños” en la Escuela de Escritores de la Sogem. En 1998, en colaboración con Guillermo Murray Prisant, publicó el libro *Palabra de juguete. Una historia y antología de la literatura infantil y juvenil en México* (Fonca). Tiene publicadas las obras *Cuentos clásicos de hadas* (en coautoría con Guillermo Murray Prisant) (Selector, 1996) y la colección de cuatro libros *México Prehispánico* (Selector, 2005). En Libresa (Ecuador) ha publicado *Patria Grande*. Actualmente radica en Morelia, donde imparte talleres de animación a la lectura.

Guillermo Murray Prisant

Escritor y titiritero. Fue invitado al Festival Delfín de Oro (Bulgaria, 1988) y al Festival Jim Henson (Nueva York, 1992). Dirige la Compañía de Títeres Cúcara Mácara. Publicó *Piel de papel, manos de palo. Una historia de los títeres en México* (Fonca, 1995) y la colección *Cómo Hacer Títeres* (Libros del Rincón, 1990). Destaca su labor literaria para niños y jóvenes. Es autor de la colección *Leyendas de Misterio* (Patria, 2004). En Selector Actualidad Editorial ha publicado decenas de libros.

*Yo les suplico, señores, a mis voces atender.
Voy a cantar un corrido, de esos que hacen padecer.
No pretendo con ellas a ninguno ofender.
Pero esta es la historia de Juan Charal y su mujer.*

*Nació el charalito en el agua clara
Del lago de Pátzcuaro,
Conocido por Janitzio, su isla encantada.*

Desde pequeño, Juan Charal buscó saber quién era. No tenía identidad. A veces pensaba que se parecía a los ajolotes, a esos sujetos de sangre fría y respiración branquial que comercian con la droga. O que quizás era un acocil, uno de esos animales que se pasan la vida a la sombra, completamente idos por el alcohol y las drogas. O de plano, ¿sería un pato? Un apañador, un tira, un guarura... No sabía.

Le costaba mucho trabajo identificarse con los demás charales. Y llegó a despreciar a su cardumen.

*No supo si era charal,
Pescado blanco o achoque,
Le dio por beber rompope,
Luego tequila y ron de caña,
Fumó la mala hierba
Y la traficó con maña.*

Su niñez, fugaz y difuminada, despreocupada, pero muy corta, desapareció, sorprendentemente, con la muerte de su padre: saberse el *hombre de la casa*, morder el amargo conocimiento de las limitaciones, las escaseces y la rabia que le eructaba como impotente agrura. Lo llenaron de resentimientos.

Se volvió violento con los débiles, con aquellos a quienes podía partirles su madre. Déspota, tiránico. Sólo su voluntad y deseos contaban. Sólo su tiranía.

Desde que nomás era un charalito de días, Juan había aprendido a rajársela, a partírsela para que no le quitaran los moscos de comer o las pocas piedras que atesoraba en su nido. De tan valiente y apañador, de tan malevo y abusivo, le vino su apodo de *Gandalla*, es decir, malo, sin moral ni piedad.

Deshonesto, mentiroso, parrandero, jugador, mujeriego, aprovechado, violento, falta de respeto y resentido contra todas las corruptas autoridades de este y del otro lado del charco, ¿qué podían importarle a él los sueños de honestidad, tolerancia, participación, justicia, equidad y legalidad, que las nuevas instituciones del Lago decían que de ahorita en adelante imperarían en nuestras aguas? ¡Qué le importaban las falsas promesas de la seudo democracia!

—Puras mentiras de políticos —juraba, mientras que su vida se iba en el sexo promiscuo, el juego y las peleas—. Así es la vida de los peces macho —aseguraba, riéndose ladino.

El tiempo no pasó en vano. Aquella vida disoluta ya le había dejado estragos. No sólo físicos, también en el alma. Pues luego de la parranda, le iban quedando emociones y experiencias que, poco a poco, enturbiaban más y más las aguas en las que vivía Juan Charal. Las aguas de la vida, las aguas entremezcladas ya con las aguas de la enfermedad y de la muerte...

Para entonces, Juan Charal ya tenía mujer e hijos, un asesinato en el recuerdo y la más tremenda sensación de soledad que charal alguno recuerde... Una enésima pelea. Con la mujer, con los amigos.

Como el Pulchinela: mató al perro del vecino y al vecino también, tiró al niño por la ventana y cuando vinieron por él, se les peló; al mismísimo diablo lo mató a palos... De eso se reía y envalentonaba el más gandalla. Mató al Pez Diablo, pero la agonía del contrario le pesaba en el alma.

—Aquí se hace lo que yo digo, carajo —le gruñó a su mujer, golpeándola; una vez más, una de tantas.

En su mundo no contaban las opiniones de los demás, ni los derechos, ni los deseos. Sólo las obligaciones hacia él. El gran patriarca. El gran macho mexicano. Réplica exacta, en miniatura, del Señor Presidente del Lago.

Luego de esta nueva bronca, solitario, triste, sin amigos ni con quien compartir, comenzó a pensar que la mejor solución, la única solución a todos sus problemas, la gran alternativa de su vida, sería irse a vivir al Otro LaGo.

“Allá en el Norte”, había escuchado que comentaban en las cantinas, “hay pescadas blancas de ojos tan azules que llegan a ser la envidia del Cielo”. Un paraíso al alcance de las aletas de aquellos audaces que se atrevían a salir del agua e irse para el Otro LaGo... Al soñado y dorado exilio del Norte en busca de mejor manera de vida; donde algunos se habían perdido en un silencio denso y sin fronteras...

*Cuando llegó a la frontera
Sin saber que ya su esposa
Otro hijo suyo iba a tener.
Con Willy se entrevistó,
El coyote pollero más afamado
Y astuto de la región.
Le dijo: “Hoy estás de suerte,
Mañana te cruzo, Juan Charal”.*

En una de tantas cantinas, en una de tantas parrandas a la orilla del lago, conoció al coyote pollero.

Al que apodaban Coyo-te-Llevo, pues se sabía de sus habilidades para pasar a los charales —e incluso a otros peces indocumentados de más al sur— al Otro LaGo.

—Mira, charalito —le explicó el coyote—, se trata de cruzar el páramo... Yo he pasado hasta pollos para allá, cuanto más charales... Tengo una jicarita con la que he cruzado a muchos. Es cosa que te decidas y te cargo en el hocico.

El charal dudó.

—Con poco dinero, mañana mismo estarás en los Lagos Unidos del Norte, ganando en menos de una semana el costo del traslado, para de ahí en adelante a divertirse en grande: ya que ahí las charalas

no son remilgosas, ni se miden para darle vuelo a la hilacha –aseguró el coyote–. Además del pase, te doy cena en la noche, hotelito donde dormir y desayuno al día siguiente... qué, ¿le entras?

Salió de su hogar con miles de ilusiones y una bolsa de plástico como maleta, suficiente para cargar las tortas de gusanos que su mujer le había preparado para el viaje, la mejor de sus camisas, dos camisetas, dos calzones y dos pares de calcetines. Escondía en las escamas de su cola las moneditas de oro ganadas a base de sinsabores, trampas y préstamos conseguidos con la promesa de una pronta devolución acrecentada.

Y se fue... Y se fue...

Ahogando el llanto en el adiós

De su mujer. Se fue

Sin saber, que de ese viaje

Ya jamás iba a volver...

Juan Gandalla iba a desaparecer.

El “hotel” resultó una charca sucia, mitad lodazal mitad charco de aceite. La cena estuvo a la altura del alojamiento, una bazofia sin sabor ni gusto. Y se fue a dormir en un gran cuarto donde otros charcales, entre ronquidos, suspiros y uno que otro sollo-

zo –amén del olor acre entre humanidad y pescados en putrefacción–, esperaban pasar la noche, para cruzar al Otro LaGo. Apenas si descansó, no pudo dejar quieta a la inquietud, así la tuvo: en vela.

Después de desayunar unas tortillas duras con chile y sorber un líquido caliente y oscuro al que llamaron “café”, salió con el coyote, seis paisanos mexicanos, tres guatemaltecos y un matrimonio salvadoreño con su hija de pocos años: unos pececillos que dejarían la vida en la frontera del Lago.

Salieron, digo, en pos de la tierra de las ilusiones y de la fantasía. Allí fue donde comenzó a morirse Juan Charal, el más gandalla...

*El vagón cruzó al otro lado.
Casi siete horas después,
Fue cuando el aire empezó a terminarse...
Y ya nada pudieron hacer
Nadie escuchó aquellos gritos...
¡Auxilio!
La puerta no quiso ceder.*

*Uno a uno se fue cayendo,
Y así falleció un buen...
Juan Charal por poco cae,
Pero se les peló. Y se fue... Y se fue...*

*Cuando llegaron los border patrols,
En la bola, se les fue...
Dicen que al mismo demonio, también se le fue.*

Esos patos gandallas que hablan en *pa... tés* y viven en la frontera de los Lagos del Norte, custodiando la muralla, fueron los que provocaron la matazón de peces indocumentados; que ahora eran “desaparecidos”... Y si de aquel lado los llaman *border patrols*, de este lado sencillamente los llamamos hijos de la patada. Ellos fueron los responsables: pero, ¿qué les importaba a ellos matar peces, así o de otro modo, si de todas formas servían como botana?

*Voy a cantar un corrido, escuchen muy bien mis
compas,
De un charalito nacido en tierras michoacanas,
Que un día partió él solito, hacia regiones lejanas,
Y cómo fue a dar con sus espinas o huesos a la
frontera tejana.*

De pescadas blancas mejor ni hablar... Y de los tesoros prometidos, bastaría realizar el recuento de los daños...

Con contarles, que en el Otro LaGo hay más basura que oro... Y lo que solía relucir, no eran más que

trampas, señuelos e ilusiones: fantasías colocadas en anzuelos, y si uno se descuidaba, quedaba enganchado de por vida o muerto en la red de aquel narcotráfico.

*Tenía un primo lejano
Que de mojado se fue
Al poco tiempo le envió un telegrama
Diciendo: "Juan, ven pronto"
Tu primo, José.*

*Pues un trabajo le había encontrando
piscando algodón como él...
Eso decía el condenado
Sin revelar el porqué.*

Como se suele decir por acá, en nuestro lago, a Juan Charal le fue del cocol... Su enfermedad empeoró; su enfermedad anímica, quiero decir, esto es, la enfermedad de su alma, avanzó. Y la más honda soledad se apoderó del charalito.

Lo cierto es que cuando se carece de identidad, se buscan soluciones fáciles. Y cuando se buscan soluciones fáciles, la vida suele complicarse. Así termina uno solo, asilado, abandonado de uno mismo.

No era pisca de algodón en lo que el primo trabajaba, sino en negocios turbios: robar comida de

señuelos, hurtar carnada, hundir peces en el lodazal para quedarse con sus pertenencias. Traficar con productos ilícitos. Emborrachar a las jovencitas.

Cuando quiso darse cuenta, había dejado de ser el más malo de la charca; era sencillamente un delincuente, un indocumentado, un vago, un traficante, un borracho... Un pendenciero que huía cuando sonaba la sirena de los *patrols*, sin importar-le más que su sucia existencia, dejando allí mismo y sin ver cualquier cosa. Y todo con tal de permanecer en aquel lago de ilusiones y fantasías. Era uno menos.

La vida del pez fue otra. Los pescados blancos lo discriminaban. El trabajo era más escaso de lo que había imaginado y lo poco que obtenía apenas si le alcanzaba para mantener viva la parranda. Así, luego de una colosal borrachera, devastado hasta lo más íntimo de su ser, boqueando en una orilla de un pantano a punto de morir, Juan Charal pidió una última oportunidad.

Sólo entonces fue que Juan Charal comenzó a darse cuenta de lo que significaba ser un charal de este lado.

Le cayó un veinte, como solemos decir.

Y luego fueron pesos. Y hasta centenarios, pero no de oro, sino de entendimiento.

—¿El más gandalla? Ja, ja... —se reía de él aquella ranita, quien sería su salvación, cuando lo encontró tirado en el lodo, golpeado, lloroso.

Al principio el charalito pensó que la rana iba a tragárselo, pero afortunadamente era vegetariana. Y no sólo eso, era sabia en esto de la identidad.

La Rana-Araceli iba a ayudarlo.

Había juntas comunitarias en las que se hablaba del Lago, del de acá. En las que se podía aprender, también, el valor de la identidad. En estas juntas se establecía un programa de vida, de una nueva vida; sin alcohol ni drogas, basada en el amor a la patria, es decir, al agua clara que nos vio nacer, a la fuente de vida.

En una de estas reuniones se le alentó el anhelo de volver a su charquita, pero no nomás así, a lo puro menso y a pasar miserias, sino a hacer un cambio radical de juicios y actitudes, de valores, de normas de conducta... Iba a volver, pero como un charal completo, orgulloso de serlo.

Juan regresó a su lago natal. No era Juan Charal, el más gandalla, sino un charalito más... ya no uno menos.

Con mucho trabajo por hacer, no sólo con su persona, sino también con su familia y, desde luego, con su comunidad, Juan no regresó como un alhajado

(que es como suele verse a muchos que van de aquí para allá, con sus recias cadenas y su hablar de coyotes), ni con una troca de no manches, ni con pescada blanca, vamos, regresó con una aleta atrás y la otra adelante. Quizá más pobre que cuando salió, en lo material, claro está, porque por dentro, Juan Charal había vuelto al cardumen. Había recuperado su identidad. Había descubierto lo más importante de la vida.

*Así termina la historia, no queda más que contar
De otro paisano que arriesga la vida
Y que muere como ilegal...
De aquel Juan Gandalla que mil sueños tenía
Y que volvió siendo nomás Juan Charal.*

La historia podía terminar así. Pero es necesario contar dos asuntos más, para comprender –a fondo, como suele decirse en el Lago– lo que sucedió con aquel singular charalito. Y con su mujer.

Veamos primero la historia del Lago.

Algunos recordarán los tiempos en el que las aguas eran hediondas, turbias y llenas de algas que infectaban la superficie; abundaban los residuos sólidos, los restos de plaguicidas y en ocasiones amanecían

con millares de peces flotando reventados por la contaminación. Aquella situación fue analizada por Juan, que llegó a la inevitable conclusión:

—Compañeros charalitos –les dijo en una junta comunitaria que había organizado, para que los valores de la equidad, la justicia y la igualdad fuesen hechos y no sueños de barro–, está claro que son quienes nos gobiernan los que han permitido que esto suceda. Con tal de enriquecerse, estos políticos han vendido nuestras riquezas a precios irrisorios, quedándose ellos con las ganancias, las cuales debían haberse nos entregado. No sólo esto, han permitido que animales de todo tipo ensucien y contaminen nuestro lago; dejan entrar a los ajolotes que drogan a nuestros hijos y se los comen; dejan que los coyotes orinen y defequen en nuestras aguas; y lo que es aún peor, alientan a los buitres, para que hagan de las suyas, con tal de que les den un jugoso dividendo. Esto tiene que cambiar.

Algunos llamaron a los plantones la “revolución silenciosa”, otros se quejaron de aquel estado de anarquía que parecía ser el lago de Pátzcuaro, cuando comenzó la rebeldía que condujo a la huelga general, y claro, finalmente al anhelado cambio. Pero sin importar el nombre que se le dé a aquel movimiento de masas acuáticas, lo cierto es que si hoy vivimos

en estas aguas limpias, a las que uno llamaría “la región más transparente del agua”, ello se debe, sin duda, a ese pequeño charal, que dejó de ser gaudaño y aprendió a ser lo que era, es decir, un sencillito y humilde pez.

Ahora, el segundo punto. Pues no se puede terminar este cuento sin antes contar la versión de quien conoció a Juan Charal mejor que nadie, su propia mujer. Quizá esto nos lleve a poner las aletas en el agua o como dicen los patos: los pies o las patas en la tierra, pues a veces se tiene la tendencia a idealizar el legado de quien pensamos que fue un héroe, sin considerar los sentimientos de aquellos que habitaron junto a él. En especial cuando fue un vagabundo y un irresponsable que los abandonó para irse al Otro LaGo. Escuchemos, pues, la verdad en esta historia.

Hablan la esposa de Juan Charal y los hijos

Cuando lo conocí, me bajaba la luna y las estrellas. Era el charal más bonito del lago. Hablaba de sus grandes sueños, de convertirse en el pescado más importante. Sus sueños eran los viajes, conocer el mundo, ir de lago en lago, tener mucho dinero.

Yo... yo también quería conocer otras aguas. Desde pequeña, pescadito diminuto aún, mi madre me decía: “Tú no eres de aquí, debes buscar otras aguas, otros horizontes. No hagas como yo, que me quedé en los puros sueños y mírame, llena de hijos y sin poder escapar, atrapada en este lago”. Y así todos los días: “Tú no eres de aquí, yo quiero que seas alguien, no como yo...”

Crecí cuidando hermanos, camadas nuevas cada año. No hacía caso de ningún pescado que me hablara bonito, yo no distinguía si eran blancos de Pátzcuaro o tilapias de lodazal... me daban igual. Hasta que llegó Juan...

*Yo les suplico señores, a mis voces atender
Voy a cantar un corrido, de esos que hacen padecer
No pretendo con ello a ninguno ofender
Pero esta es la historia de Juan Charal y su mujer.*

*El lago... era más azul
Más azul con él
Todo brillaba alrededor
Alrededor de él.*

Nos mudamos a una cueva oscura y pequeña. Un nido “mientras tanto” las cosas mejoraban.

—No hay para más, por ahora... Pero todo va a cambiar. Ya verás... ya verás...

Paseábamos juntos por el lago, hablando y soñando.

Me ensañaron a ser una buena charala, así que arreglé con esmero el oscuro agujero. Unas algas por aquí, caracolas por allá. Al fin que era “mientras tanto”. Quedó mejor aquel hoyito al que llamamos nidito.

Al poco tiempo de vivir juntos, no llegó a cenar.

Pensé que había tenido algo importante que hacer. “Ahora sí, un buen trabajo y a mudarnos de aquí.” Luego llegó un mosco con el recado:

—Que no lo esperes, seño, que está bien ocupado.

Y se fue zumbando, divertidísimo.

Llegó en la madrugada, con sus aletas caídas.

—No me digas nada, estoy buscando trabajo. Ya verás, ahora sí nos tocará la buena.

Así fue la segunda y la tercera vez, pero a la cuarta ya no dio explicaciones. Cuando se las pedí, siguió dando excusas. Hasta que se acabaron las excusas y comenzaron los insultos. Hasta que se acabaron los insultos y empezaron los golpes.

—Un hombre no da explicaciones y menos a su mujer.

Alcoholizado, golpeado, así llegaba el charalito de mis sueños. Ya no hubo luna ni estrellas. En cambio, comenzaron a llegar los hijos. Con el segundo, me dejó abandonada la primera noche, dizque tenía otras ocupaciones. Me repuse, adolorida.

Me puse a lavar ajeno, a limpiar otras cuevas. Apenas alcanzaba. Juan, si llegaba, llegaba... a comer, a dormir, a exigir, nada más. Los hijos bien gracias, ni sabía sus nombres, ni qué necesitaban.

Un día me confesó su gran idea: irnos al Otro LaGo.

—Lagos cristalinos, viajar, viajar, irse lejos. Mucha comida. Grandes promesas. ¡Piedras preciosas! ¡Hartas larvas de mosquito para tragar hasta hartarnos!

Como en los buenos momentos, regresaban las promesas: “Ahora sí, ya verás, les mandaré todo lo que gane”. Y yo a soñar: “Ahora sí, otra cueva mejor, lagos limpios para mis hijos, al fin dejaría de parecerme a mi madre y le demostraría que yo sí pude hacer las cosas diferentes...”

Juan Charal salió una mañana

Bolsa en mano

Tras el sueño americano.

Otras aguas, otros lagos. Me quedé sola con nuestros hijos, más el que venía en camino. Sola y con la esperanza de que esta vez sí las cosas iban a cambiar. Diciéndoles a mis charalitos, como la patita de Cri-Cri: “Traguen mosquitos, cuaracuacú”.

De Juan, ni noticias. Cuesta acostumbrarse al silencio, a la ausencia, aunque fuera el pescado más ausente de todos los pescados. ¿Qué pasó? ¿Pasó o no pasó? ¿Llegó o no llegó? Unos dicen que sí, otros que no.

—¿Cuándo va a regresar papá? ¿Me traerá la muñeca que me prometió?

Ya no pude seguir esperando.

La vida sigue. La vida tiene que cambiar. Mis pescaditos ya estaban crecidos, por lo que me reuní en familia y solemne les dije:

—Hijitos, vamos a hablar, las cosas tienen que cambiar.

—Vamos a organizarnos, mami.

—¿Qué podemos hacer entre todos para salir adelante?

Con un nudo en la garganta, sintiendo las tenazas del miedo, el temor al rechazo, la huida de su cardumen espantado ante la locura, siendo la mujer de Juan Charal les hablé. Lento, pausado, con amor y con firmeza.

—La vida sigue. Nuestra vida tiene que cambiar... De ahora en más, es la vida sin Juan. No sé si sea para mejor o para peor. Empezar por el principio. Los mayores se harán cargo de sus responsabilidades; trabajar, ayudar en la casa, aportar dinero, cada quien a su capacidad. Los más chicos deben seguir yendo a la escuela.

—Tender la cama. Barrer. Uf, qué flojera...

—Preparar cada noche la ropa del día siguiente. Organizar la comida, lavar los platos, hacer la tarea. Uf, qué flojera...

—Cuidarnos los unos a los otros. Y lo más importante, hablar, hablar de nosotros, de nuestros sentimientos... De quiénes somos, de dónde venimos, de cómo nos sentimos. Para no perdernos.

—Yo sentía feo cuando mi papá te pegaba —confesó el charalito mayor.

—¿Por qué no hacías nada? ¿Por qué no te defendías? —la encara la hija segunda.

La democracia en casa tiene sus bemoles: no todos dirán cosas agradables o para agradar a los demás. El fin de la tiranía despótica del Señor Presidente en miniatura trae como consecuencia un hogar dividido. Hoy hablamos de sentimientos, de viejos dolores. Un río, un río de miedo, de angustia y terrores nocturnos.

Entonces reflexionaba: “Estos son tus hijos, charala. Los que tal vez no deseaste o pediste. Los que te llegaron. Algunos más amados o deseados que otros. Pero aquí estamos, unidos, saliendo adelante. Juntos.”

Al otro día hablamos. Y al otro también. El diálogo se fue haciendo costumbre, la democracia también.

*Cuando llegó a la frontera
Sin saber que ya su esposa
Otro hijo suyo iba a tener.*

Veo sus caras. Los miro a los ojos. Los ojos de Juan en el mayor. Su misma aleta torcida en la charalita. Todavía lloro por las noches.

Pero la vida sigue.

—Yo me acuerdo de la noche en que llegó con sus amigos, pusieron la música tan fuerte que me despertaron. Tú te enojaste. Empezaron a gritarse. Me metí debajo de la cama, no quería escuchar. Y al otro día, nadie se pudo levantar, todos nos quedamos como muertos. Eso sí, nadie habló de lo sucedido... Hay cosas que no puedes compartir con tus amigos o maestros. Seguro que te señalarán como el hijo del borracho.

—Un día me dio una cachetada, porque quería camarones... y no había. Nos fuimos a refugiar con tu amiga, la del puesto en el mercado. Teníamos tanto miedo que nos encontrara.

Ah, los recuerdos, cómo duelen.

Pero la vida sigue.

Poco a poco, nuestra pequeña familia, habitante de la cueva más oscura del Lago, encontró a otras familias como la nuestra y nos pusimos a hablar. Juan no era el único que se había ido en pos del sueño americano. Algunos tenían cada mes buenas noticias, algo de dinerito. Dinerito generador de malas costumbres. Para qué trabajar si el del Otro LaGo nos mantiene. Las pescadas a gastar. Las más prudentes —que eran las menos— dedicaban sus ahorros para comprar un terrenito y fincar la casa. Los que más ganaban eran las casas de cambio y los dueños de éstas, gordos peces encumbrados políticamente. Los que estaban en el Otro LaGo eran quienes en verdad mantenían al lago de Pátzcuaro, para bien o para mal.

Los hijos de Juan, mis hijos, nuestros hijos, al principio sintieron mucha envidia y malestar. Ah, qué sentimiento tan canijo es la autocompasión, la lástima de uno mismo. Tan destructivo, tan parali-

zante. Allí van, esos son los hijos y la mujer de Juan Gandalla. Dicen que los abandonó.

Mi primera hija fue la más valiente. Aceptó que las cosas no iban a cambiar. Dejó de esperar milagros. Dejó de mirar desde la puerta cada tarde. No hay cartas, no hay dinero, no hay noticias... Ya no va a volver, concluyó.

Y se fue... Y se fue...

Ahogando el llanto en el adiós

De su mujer. Se fue

Sin saber, que de ese viaje

Ya jamás iba a volver...

Juan Gandalla iba a desaparecer.

De a poco nos acomodamos a la nueva vida. El padre ausente pasó a ser un recuerdo. La vida, con sus exigencias y responsabilidades, seguía. Con sus alegrías y sinsabores, con su inexorabilidad.

Cuando la abuela quiso ser parte de la familia, tuvo que sujetarse a ciertas condiciones.

—Aquí no vienes a criticar, a juzgar ni a quejarte —le dijeron. Ella movió las aletas en un gesto difuso, no se supo si asintiendo o dándoles el avión, pero qué bien cocinaba...

Comenzó a existir el tiempo. Tiempo para hablar,

abrazarse, reír y llorar. Tiempo de verse a los ojos. De saber cómo era cada integrante de la familia.

—En esta casa hay horarios, responsabilidades, tiempo de trabajar, tiempo de descansar, tiempo de soñar, tiempo de acompañarnos. ¿De acuerdo?

El ritmo comenzó a ser de otra manera. El orden y el sentido regresaron. Aparecieron los amigos, las novias, los vecinos. La cueva dejó de ser la cueva más oscura del Lago. Y pasó a ser un lugar de reunión, apacible, cálido y familiar, donde había risas, se comía a tiempo, se pagaban las cuentas...

En la bola, se les fue...

Dicen que al mismo demonio, también se le fue.

Del padre ausente, ni noticias. Era eso: una ausencia. Afortunadamente, ya había dejado de doler. Se estaba convirtiendo en un recuerdo...

Para entonces di rienda suelta a mis sueños. Si ya no iba a ir a otros lagos, al menos devoraría los libros sobre esos lugares. Comencé a redescubrirme. Recordé que cuando era apenas un diminuto pez, no me parecía al resto de la camada. Era una soñadora. “Yo era feliz”, pensé. “¿En qué momento cambió tanto mi vida?”

Como muchos otros peces, me dejé arrastrar por la corriente, que me condujo lejos del hogar, a la cueva más oscura del Lago. Justo donde no quería estar.

Juan apareció como la posibilidad de concretar sueños que a mí se me antojaban imposibles de realizar. Viviría la vida a través de él. Viviría para él, como le enseñaron: “Tú no cuentas, debes apoyarlo, atenderlo, escucharlo. Tú no existes”.

La ausencia de Juan me volvió a arrastrar. Sólo que esta vez a otras aguas. A un río parecido al que me bañaba cuando era pescadita. Me vi rodeada de mis hermanos y la multitud de sobrinos. De las amigas de la vieja escuela.

—¿Qué pasó contigo, charalita? Ibas a viajar, a escribir, a sorprendernos a todos. Tú eras diferente... ¿Qué te pasó?

Sentí vergüenza, rubor, y luego sobrevino una sonrisa calma. Una de mis antiguas amigas me dio el más valioso de los consejos:

—Siéntate con calma, lejos del ruido, piensa en ti misma. Encuéntrate en tus sueños. Lo más difícil es acallar el ruido interior, esas voces implacables que dicen no eres buena y no sirves para nada. Que sin él, te mueres. Y escúchate.

Empecé a recoger mis pedazos. A reconocirme como una sobreviviente. Sobreviviente de una gue-

rra en la que no pedí participar, que no elegí conscientemente. Entonces aparecieron voces nuevas: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?

—Construye a partir de ti misma —le había aconsejado su amiga.

Y así continuó la vida sin Juan.

Otra manera de verla a la vida misma.

Mi vida.

Aprendí a hacer muchas cosas. Muchos, menos yo misma, parecían darse cuenta de esto; pero necesité empezar despacio y con temor a equivocarme. Tuve días buenos y días malos. Apareció un trabajo, una nueva casa. Una nueva familia. Una nueva pasión.

Poco a poco encontré mi camino. Y dejé de extrañar a Juan, al menos no tanto. Me encontré ocupada, construyéndome a mí misma...

—Ya llegué mamá... Ya me voy mamá.

—¿Comemos juntos el domingo? ¿Salimos a dar una vuelta por el lago?

Cómo han cambiado las cosas. Los mayores cuidan a los menores. Los menores creciendo. Los mayores yéndose de casa. Otras vidas. Otros rumbos. Los menores se han vuelto mayores...

Y la vida iba a cambiar, de nueva cuenta.

Fue un viernes en la noche. ¿O era la madrugada del sábado? Mis hijos estaban en casa, cenando; aunque ya era medianoche cuando tocaron la puerta.

—Es tarde —dije, sin pensar.

—¿Esperas a alguien?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—¿Entonces?

El mayor se levantó. Preguntó a través de la ranura puerta. Y la respuesta nos dejó helados.

—Soy yo. Juan.

—¿Juan? ¿Qué Juan?

—Juan Charal.

Después de todo ese tiempo, era él... Y una interrogante: ¿Le abro? ¿Le hablo? Todos nos miramos. Espantados. Asustados. Sorprendidos. Me sentí como jalada por una aleta invisible a mi vida pasada. A los gritos y a los golpes. A las amenazas del “ya me voy”. Otra vez el miedo, ese viejo sentimiento que ahora retornaba implacable... Reaccioné de a poco, pero con determinación.

—Ábrele.

*Voy a cantar un corrido, escuchen muy bien mis compas,
De un charalito nacido en tierras michoacanas,*

*Que un día partió él solito, hacia regiones lejanas,
Y cómo fue a dar con sus espinas o huesos a la
[frontera tejana.*

*Voy a cantarles ahora
El despertar del charal
De cómo aquel malora
Se sacudió todo mal.*

Del que se fue ya no queda ni un rastro. Tal vez el brillo de sus ojos. El tiempo ha pasado, más bien parece que lo ha pisado. Juan se queda parado en el umbral. No se atreve a entrar. No reconoce el lugar, ni a los que están dentro. La imagen que retiene en algún lugar de su memoria se esfuma. A todos les pasa lo mismo.

—¿Quién es? —preguntan. Es el más pequeño. El que creció sin padre.

“¿Qué le digo?”

—¿Qué quieres? ¿A qué vienes? —le pregunta el mayor. El tono es ambivalente.

Es el precio que hay que pagar. Ni modo, Juan.

Para algunos serás el hijo pródigo. Para otros, un ser de otro planeta. Bienvenido o rechazado. Te vas o te quedas. No se puede evitar el recuerdo. Él también creció sin padre, peleando por su lugar, ocupando el lugar del padre. Cuando Juan reconoce la

mirada de su hijo mayor, sabe que tiene mucho trabajo por delante.

—Vengo a quedarme —dice Juan.

—Hay condiciones —murmuro. Mis palabras son dolorosas al principio, pero soy la charala responsable de mi cardumen y no puedo permitirle dañarlo—. No puedes vivir con nosotros.

Si tenía la loca fantasía de que iba a ser bien recibido, se equivoca. Tiene por delante el largo camino de volver a ganarse el amor y un lugar en su familia. Una familia que no se parece en nada a la que dejó atrás, cuando se fue sin importar el precio que iba a pagar. Sí, tiene mucho trabajo. Y si él quiere hacerlo, que lo haga.

*Así termina la historia, no queda más que contar
De otro paisano que arriesga la vida
Y que muere como ilegal...
De aquel Juan Gandalla que mil sueños tenía
Y que volvió siendo nomás Juan Charal.*

Poco a poco, el círculo familiar se amplió para hacerle un lugar y devolverle su sitio. Para nadie es fácil. Toca escuchar y abrir el corazón.

—Esta vez no hagas promesas —le pedí.

Lo cierto es que no tenía mucho que ofrecer, más

que su persona. La nueva persona en la que se ha convertido.

Y este podría ser el final del cuento, de esos que dicen: y vivieron felices para siempre. Pero fíjense que no.

Lo que comenzó como el gigantesco esfuerzo de recuperar a la familia –algo que quién sabe cuándo terminará de hacer–, hoy continúa más allá de las puertas de nuestra cueva, afuera, en el Lago.

La amenaza existe. Se llama progreso. Bosques por maizales. Combustibles en vez de alimento. Deforestación. Basura. Agua sucia. Charalitos muertos en la niñez. Más y más pescados en pos del sueño del Otro LaGo. Pueblos de mujeres y viejos. Hambre. Desperdicio. Opulencia y desolación, como las dos caras de una siniestra moneda. Un puñado de arroz por toda comida. Arroz como comida de mascotas. Televisión por cable halagando a los grandes chefs del orbe, cuando los habitantes del Lago empiezan a morir de hambre. Despilfarro. Desesperación. Crisis.

Y a pesar de todo, aquí y allá, como por milagro e iluminando la horrible realidad que nos rodea, han surgido pequeñas islas en el Lago. No islas de lodo y piedra, me refiero a las otras, a las islas de charalitos, pequeñas comunidades dedicadas a cambiar lo que parece irreversible.

Bah, ecologistas, dicen con desprecio las clases dominantes. Puro bla-bla, acusan las pescadas blancas desde sus limusinas. Nadie les debería hacer caso a esos extremistas, profetas del desastre. ¿No ven que mienten? No hacen nada útil. Sirven a oscuros intereses...

El lago —dice el Señor Presidente del Lago— está mejor que nunca, y yo, yo tengo las manos limpias.

Juan ha aprendido la lección. Ahora puede ver a qué lugar pertenece. Juan regresó, como ya dijimos, dispuesto a recuperar su identidad. Y este fue el inicio de lo que se conocería luego como la “revolución silenciosa”.

Lo que comenzó como una sencilla protesta —bueno, no tan sencilla, pues nació del dolor— fue la semilla del gran movimiento. Era un experimento “inofensivo”.

Hoy no entran los camiones de basura ni pueden tirarse desperdicios al Lago. Hace meses un gran cartel amaneció en la orilla. Decía:

NO MÁS CONTAMINACIÓN. PLAYAS
LIMPIAS.

Y un grupo de charales unidos, silenciosos, formaron una sólida muralla entre los camiones y el Lago.

—No pasarán —dijeron.

Y no pasaron.

Les explicaron:

—Los cacareados derechos democráticos impiden que los camiones arrojen la basura sobre las aguas. Mejor, se la llevan a otra parte. No vaya a ser que los denunciemos por intento de asesinato.

Y Juan les dijo:

—Compañeros charalitos, se trata de escoger un objetivo y no parar hasta lograrlo. Son muchas las propuestas: la basura, las aguas residuales, los talamontes, los negocios del Señor Presidente, la creciente mancha urbana...

Parecía imposible. Apocalíptico.

—Alguien tiene que decir hasta aquí —exhorta Juan Charal a sus seguidores—. Ustedes dirán cuándo. Pero recuerden, compañeritos, todo debe ser sin violencia. Grábenselo bien: sin violencia. No vamos a agredir a nadie, ni verbal ni físicamente. Cada cien años hay un cambio profundo en el Lago, pero esta vez será sin sangre.

—¿Se puede, se puede intentar el cambio sin violencia? —indaga uno de los más escépticos.

—Se puede —afirma Juan—. Pero debemos estar unidos e inquebrantables.

Al principio son pocos, un puñado de temerosos valientes que se juegan las escamas. Algunos hijos acompañan a sus padres, entre ellos, mi charalito

mayor, que ahora acompaña a Juan. Él es el rostro de la esperanza... Y se acabó la contaminación.

Lo siguiente fue la campaña de no más redes de arrastre en el Lago. No más una pesca que pretendiendo ser selectiva –“sólo camarones”, decían los peces blancos del Otro LaGo, dueños de las embarcaciones– arrojaba a la orilla cientos de cadáveres de “descarte”, como le llamaban al desperdicio. Y se acabó la masacre.

Cada vez son más.

“Bah, ecologistas”, se burlan los políticos, despreciando su fuerza. “Hay que matarlos con la indiferencia.” “Nunca harán nada, sólo frenan el progreso, están en contra de la modernidad.” “No quieren que la comunidad del Lago avance...”

¿De dónde saca su fuerza Juan Charal?, me pregunto a veces.

Luego recuerdo que dicen por ahí que cuando el espíritu se despierta, da mucha lata. Y Juan tiene mucha tarea... Ha aprendido de los mejores maestros y ha abierto los ojos. Sabe que ésta es su asignatura pendiente. Se lo debe a su comunidad y a su familia. Ahora sí.

¿No que éste era el más gandalla?

Si al principio no le hice mucho caso –vivía aún en la desconfianza y en los resentimientos, pues des-

de algún lugar, esperaba que Juan volviera a ser el mismo y me decía: “A ver a qué horas recae y comienza de nuevo la parranda...”, de a poco le volví a creer.

—No quiero hacerte promesas, charalita. Ni prometerte viajes ni aventuras...

—No las hagas.

—Lo único que anhelo es que vuelvas a confiar en mí.

—Compañeros charalitos. Las cosas tienen que cambiar. El problema es que ya somos demasiados en el Lago y no hay lugar para más, los recursos se acaban. Hay que aprender a repartirlos y a usarlos con más conciencia. Tenemos que detener el despilfarro de los ricos y de los políticos, y retomar el sentido de nuestra comunidad. Vamos a comenzar esta revolución, pero sin violencia.

¿No que éste era el más gandalla?

—Compasión, sentido común y valor, esto es lo que necesitamos –les explica.

¿No que éste era el más gandalla?

—Palabras difíciles de comprender y, más aún, de llevar a la práctica. Para muchos es mejor quedarse escondido en lo más profundo de la cueva y ser un simple observador. Piensan que con votar cada seis años ya cumplen con su deber ciudadano y delegan en otros

lo que en realidad les corresponde: ejercer la democracia. Debemos volver a un lago en el que todos los servidores públicos sean eso: servidores. Y no senadores.

Hubo risas.

—Todos podemos empezar en casa, con pequeñas acciones. La primera acción real es abandonar el machismo y el paternalismo, y convertir en democracias a nuestros hogares.

Lo que empezó como una referencia curiosa y casi folklórica en algunos periódicos, una nota de pie de página o un comentario perdido en las páginas olvidadas, fue encontrando eco. La idea era simple, pero no por ello menos eficaz. Buscarnos a nosotros mismos. Respetar a los demás. Ejercer nuestros derechos.

Cuidado, algunos creen que Juan es el líder, pero en realidad es uno más. Uno que es todos. Juan es uno entre todos. Parte del cardumen. Alguien con identidad.

Cuenta la leyenda que éste fue el inicio de la llamada “revolución silenciosa”. Un movimiento de aletas caídas, que habría de transformar para siempre al lago de Pátzcuaro, y a sus alrededores.

“Hay que evitar el contagio”, dicen los políticos. “Que la mancha no se extienda”. “Que la prensa los

ignore”. “Que no salgan en la tele”. “Hay que darles el avión...”

Claro, para la mayoría de los pescados que habitan el Lago, esos que se la pasan pegados a la tele y trabajando mañana, tarde y noche y que le creen al gobierno –o que hacen como que creen–, Juan Charal sigue siendo Juan *Gandalla*. Una leyenda. Un escrito perdido en una publicación perdida. Un cuento.

Mas aún cuando la prensa descobija su triste pasado, en un intento más para sofocar el movimiento.

Borracho, pendenciero y jugador. Inmigrante ilegal. Abandono de hogar. Violento. Conflictivo. Problemático. Un *gandalla*.

Para otros, en cambio, Juan es la verdad.

—¿Hasta dónde quieres llegar? –le pregunté.

—Hasta que las cosas cambien –dijo.

—¿No quieres un “hueso”, un puesto en el gobierno? –lo tientan. Él sonríe.

Ni lo desea ni puede permitírselo. Muchos ojos lo están viendo. Varios pescaditos lo siguen. Un puñado de los muchos que también ven su vida perdida en el alcohol y otras sustancias, o en el sueño de sus padres, de irse al Otro LaGo, han recuperado la esperanza.

—El momento es ahora –es lo que dicen.

—Hay mucho por hacer –me dice Juan.

Una red silenciosa, pero no una de muerte sino una red de vida, ha comenzado a tejerse en las profundidades del lago de Pátzcuaro. Y ha comenzado a avanzar, a avanzar y a avanzar... Cada cien años el Lago se revuelve, pero esta vez lo hará sin derramamiento de sangre.

Algunos soportan fuertes chorros de agua, que intentan quitarlos de su camino, cuando se interponen entre los asesinos y sus víctimas. Otros, llegan casi al borde del suicidio cuando se encadenan a las chimeneas que arrojan residuos tóxicos. Los más jóvenes son los encargados de difundir el fruto de sus esfuerzos.

—No soy yo, somos todos —les dice Juan—. Todos somos uno. El Lago es nuestro hogar. Esto se termina, cuando se termina, compañeros pescaditos. Es una batalla sin final. Hay que estar siempre alertas. Todos los días, alguien, en algún lugar del Lago, se levantará con la idea de que el dinero lo es todo y de que en su nombre se abren todas las puertas. Déjenme decirles que no es cierto. No lo es. La única verdad es que debemos defender nuestro lago, nuestra identidad, nuestra vida y el futuro de esta región.

Quizá así habrá de terminar sus días Juan Charal, el ex gandalla. Como un pescado más. Otro habitante del Lago.

Contarán, quizá, que ya viejo, gustaba de reunir a los jóvenes en su casa, para platicar y relatarles historias de cuando estuvieron a punto de perder el paraíso.

—Anda, Juan, cuéntanos de cuando te disfrazaste de blanco de Pátzcuaro para salvarlo de la extinción —le piden.

—Yo no hice semejante cosa —se ríe.

—Abuelito, ¿y qué te dijo el Señor Presidente del Lago, cuando fuiste a verlo? —le piden sus nietos.

Y entonces sí, Juan recuerda la respuesta:

—Me dijo lo mismo de siempre: “Veré qué puedo hacer, aunque no hay mucho presupuesto”.

—¿Y qué le respondiste, abuelo?

—No se necesita dinero, señor. Lo que se necesitan son huevos, señor Presidente.

—¿Tuviste una vida interesante, abuelo?

—No hice nada extraordinario, perdí el sentido y lo volví a encontrar —respondió Juan—. No soy un héroe, sólo soy uno más. No me confundan ni se confundan: soy como cualquiera de ustedes... Soy uno más del cardumen. Soy sólo Juan Charal.

Una leyenda. Un escrito perdido en una publicación perdida. Un cuento.

Así termina la historia, no queda más que contar...

Cristóbal y su caja de perros

Roxanna Erdman

Narradora y editora oriunda de la Ciudad de México. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Durante once años coordinó el suplemento *La Jornada Niños* del periódico *La Jornada* y fue jefa del departamento de Difusión y Prensa de la Casa del Lago (Universidad Nacional Autónoma de México). Fue editora de la revista infantil *Disney Aventuras*, de Ediciones Enigma. En 1993 recibió el Premio Especial Periodismo por la Infancia, otorgado por el Centro Mexicano para los derechos de la Infancia (Cemedin). Obtuvo en 1999-2000 la Beca para Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la disciplina de cuento, por el proyecto de un bestiario para niños. Fue editora de la revista *Vagón Literario*, de Editorial Santillana, que ganó el Premio Caniem a la Excelencia Editorial en 2001.

Entre sus obras de narrativa infantil se cuentan *Zorrillo el último* (Alfaguara Infantil, 2002); *Mitos y leyendas indígenas* (Everest, España, 2001); *La tortuga* (SITETSA, 1999); *El colibrí* (SITETSA, 1999); *Elogio del tlacuache* (Alfaguara Infantil, 1998); *Elogio del jaguar* (Alfaguara Infantil, 1998).

“Ay, por favor, que ya haya empezado la telenovela; ¿qué hora es? ¡Quién sabe! Han de ser como las ocho. Y ustedes, chitón perrito, como decía mi abuelita, que en paz descanse...” Batallando ante la puerta para sacar las llaves sin soltar la mochila y al mismo tiempo proteger de la lluvia la destartada caja de cartón, Cristóbal maldecía por lo bajo. “Que no se pare, que se quede pegada a la tele... nomás tantito, en lo que logro abrir la estúpida puerta. Tranquilos, muchachos, no se muevan”. Unos quejidos apagados surgieron de la caja mientras abría la puerta de golpe y aventaba las llaves sobre la mesita, así que se apresuró a gritar: —¡Ya vine!— y sin esperar respuesta se dirigió a su cuarto.

—¿Te mojaste? —la pregunta le llegó revuelta con el rumor de un comercial. Durante un buen rato su mamá no se movería del sofá frente a la televisión, hasta que se acabara “la comedia”. “Ja, ja,

qué gracia: si se la pasan chillando; ¿qué tiene de comedia?” Con fingida indiferencia, contestó:

—Poquito. Me voy a cambiar... —“... pero de planeta”, completó en silencio mientras avanzaba por el pasillo.

—¿Qué traes, tú? —dijo de pronto una voz a su espalda, y por el sobresalto casi suelta la caja.

—¡Ah, jija! ¿Por qué me espantas?

Su hermana había salido de su cuarto sin que él lo notara, mientras repetía las maniobras para entrar en su propia habitación.

—Pues por qué andas tan misterioso... ¿Qué es eso?

—Nada que te importe.

—Claro que me importa: apesta, está goteando en el pasillo que yo trapeé y lo metiste a escondidas aprovechando que mamá está en su rollo.

—No grites, Enid, ¿por qué siempre tienes que alzar la voz?

—Contéstame, baboso, o vas a ver de veras lo que es gritar cuando le diga a mamá que trajiste a tu novia de contrabando y está escondida debajo de tu cama.

—¡Eso no es cierto!

—Pues claro que no, pero se lo voy a decir de todos modos. ¿Qué hay en la caja? —insistió, tratando de quitársela.

—¡Deja! Si quieres saber, entra —dijo él, protegiendo la caja con su cuerpo.

—¿A la cueva del Tóbal? ¡Uy, qué miedo! —contestó burlona.

—Entonces lárgate y no molestes.

Ella pareció pensarlo mejor, porque antes de que su hermano cerrara la puerta se metió de un saltito.

—Sin tocar —advirtió él con voz hosca mientras colocaba cuidadosamente la caja en el tapete, junto a su cama.

Enid inspeccionaba de cerca las repisas, las postales y los recortes pegados en las paredes, los libros apilados, entusiasmada porque pocas veces era admitida en la recámara de su hermano. No es que ella lo dejara entrar en la suya muy seguido; “las mujeres necesitamos más privacidad”, pensaba distraídamente mientras recorría la habitación con mirada ávida.

—Qué desorden; con razón no quieres que nadie entre aquí. Además, huele a perro mojado, guácala.

—¿Por qué será? —respondió él, casi para sí mismo, con tono burlón—. Saca tu nariz de mis cosas y pásame la toalla que está en la silla.

Sujetándola con dos dedos, como si no quisiera ensuciarse, la chica le entregó la toalla y todavía se mofó:

—¿Seguro que debajo de las telarañas hay una toalla? Yo que tú no la usaría sin sacudirla primero: es más, habría que lavarla primero, con cloro; pensándolo bien, tírala y compra otra...

Con sorpresa vio que su hermano no usaba la toalla para secarse. Sus rizos negros brillaban empapados, pero dejó la toalla sobre la cama, se arrodilló ante la caja y se dispuso a abrirla. Intrigada, se acercó.

—¿Qué es?

—Asómate. Y no grites.

La chica echó un vistazo aprehensivo, pero su expresión cambió enseguida:

—¡Guau!, ¡qué lindos! —dijo, poniéndose en cuclillas para ver mejor, y ante el gesto de su hermano continuó en voz baja: ¿De dónde los sacaste?, ¿qué les vas a hacer? ¿Estás loco? Papá no te va a dejar tenerlos...

Cinco perritos negros se apretaban unos contra otros en el fondo de la caja, entre tiras de papel periódico. Por toda respuesta, el muchacho tomó dos cachorros y se los entregó. Alertados por el movimiento, los perritos comenzaron a gemir.

—Rápido, ayúdame.

Ella acomodó a los cinco cachorros en su regazo y formó un cerco con sus brazos. De todas maneras no habrían ido muy lejos: son tan pequeños que

apenas pueden moverse. Ni siquiera han abierto los ojos.

Mientras vaciaba el periódico en el bote de basura y colocaba la toalla en la caja, Cristóbal explicó:

—Me los encontré. Alguien los dejó en esta caja junto a la basura del tianguis, afuera de la prepa. Los oí llorar; si no, ni cuenta me hubiera dado. Ni modo que los dejara ahí...

—Pobrecitos; sin su mamá va a estar difícil que sobrevivan. ¡Todavía no comen solos!

—Pues hay que intentarlo.

—No; se van a morir. Más vale que te hagas a la idea —insistió ella, metiendo uno por uno en la caja, con un gesto que quería demostrar que no le importaba—. Y si no se mueren, papá los va a volver a tirar; nomás deja que se dé cuenta.

—No pienso decirle, y espero que tú no vayas con el chisme.

Cristóbal escrutó el rostro de su hermana en busca de alguna señal que le confirmara que contaba con un cómplice. Ella se encogió de hombros y dijo:

—No pienso mentir por ti.

—No te estoy pidiendo que mientas: sólo que cierres tu bocota.

Ella se levantó, y con una sonrisa desdeñosa advirtió:

—Pues no me hagas enojar y ya veremos...

Antes de cerrar la puerta, agregó asomando la cabeza:

—Te quedan como cinco minutos para asaltar la cocina antes de que se acabe la telenovela...

Desconcertado, Cristóbal no supo si agradecerle.

“¿Qué le pasa a esta chava? Está loca: primero se derrite por los perritos y cuando le pido que guarde el secreto se va corriendo. Es capaz de echarme de cabeza para quedar bien con mi papá”. Molesto, le da vueltas a la escena mientras intenta alimentar a los cachorros con un gotero que encontró por ahí y la leche que sacó del refrigerador tal como sugirió su hermana. “Ya en un ratito cenamos, ¿eh?”, había dicho su mamá cuando lo sintió pasar, sin despegar los ojos de la pantalla. Ni pensar en decirle a ella; casi podía escucharla: “Ay, hijito, a ver qué dice tu papá...” Cualquier cosa que se saliera de lo habitual había que someterlo a consideración del Patriarca; como si ella no tuviera carácter; como si ella no pudiera opinar. A veces Cristóbal creía que más bien era así por flojera, para no tener que molestar-se en pensar una alternativa o tomar una decisión. Él se desesperaba. Y Enid también, estaba seguro. En eso se parecían bastante. Por eso cuando eran

pequeños la gente pensaba que eran gemelos; se iban con la finta del cabello ensortijado (negro como los perritos; ¿por qué será que todos los cachorros tienen el pelaje tan brillante?, ¿porque su pelo es nuevecito?), la cara redonda y los ojos de avellana, y aunque él era un año mayor, desde que Enid aprendió a caminar resultó evidente que tenían más o menos la misma estatura. Y como no hablaban en presencia de extraños... “Pero una cosa es ser callado y otra es no decir lo que uno piensa cuando hace falta, mamá”, pensó, como si pudiera oírlo. A lo mejor Enid tenía razón: criar estos animales iba a ser un reto de verdad; inquietos por el olor de la leche, los cachorros que aguardaban en la caja no dejaban de chillar, y el método de goteo no era precisamente el mejor para alimentar un cachorro tembloroso y hambriento. —Auténticos perritos hidropónicos, llévelos, llévelos... —dijo riendo con amargura ante su ocurrencia. Entre dos hubiera sido más fácil, pero no le iba a rogar a Enid que le ayudara. Él hubiera jurado que la ternura habría bastado para que su hermana se ofreciera a apoyarlo; ¿qué mosca le habrá picado? “A lo mejor le da miedo encariñarse y que de veras se mueran, pero esa es una actitud estúpida: en ese caso, ¿para qué tienes novio, si a lo mejor te corta? O como decía mi abuelita, que en

paz descanse: para qué comes, si luego vas a cagar, ¿verdad, perrín? ¿Está muy fría la leche? Pobrecito, pero ni modo de ponerme a calentarla con la jefa ahí al ladito”. Eso sí hubiera sido sospechoso. Ultimadamente, ¿por qué había que esconderse? No estaba haciendo nada malo; al contrario...

Atento al sonido de la puerta, Cristóbal sintió crecer su nerviosismo.

—Ya llegó el jefe, muchachos, apúrense; a ver, ¿quién falta? Levante la pata el que no haya cenado... Si Enid va de chismosa y mi papá los echa a la calle, por lo menos se irán con la panza llena. Y con mi toalla; a ver qué uso mañana, ¿eh, perrines? Para que luego no digan que no se les quiere. Pero no se preocupen: no voy a dejar que los lancen otra vez. Si por lo menos Enid me apoyara, ya seríamos dos contra el mundo; hasta podríamos intentar convencer al jefe...

—¡Ya está la cena! —se escuchó el tradicional grito de su mamá desde la cocina.

—¡Vamos, ma’! —contestó su hermana, como cada noche, pero a él no le salió la voz.

Segundos después la puerta de la habitación se abrió y Cristóbal casi saltó hasta el techo.

Enid asomó la cabeza:

—Ya oíste —dijo en tono mandón.

—Sí, nomás me falta éste —levantó el perrito en el aire para mostrárselo y el animal empezó a chillar.

—Bájalo, idiota, ¿no ves que le da miedo?

—Perdón —dijo él, y viendo que la puerta ya se cerraba, se apresuró a llamarla:— No te vayas, Enid; ven un momento.

—¿Para qué?

—Quiero decirte algo.

Con gesto de fastidio, la chica entró y cerró la puerta.

—¿Qué quieres?

—Que me apoyes en esto —señaló la caja de cartón con la cabeza—. Hace rato te pedí que no me delataras, pero me equivoqué: lo que quiero es que me apoyes, no que me tapes. Después de cenar le voy a decir a mi papá que traje los perros, que pienso hacerme cargo de ellos hasta que tengan unos tres meses y luego los voy a dar en adopción a gente que pueda quererlos y cuidarlos. Hacerlo solo sería muy difícil; con tu ayuda la cosa cambia. ¿Qué dices?

Ella guardó silencio mientras pensaba. Luego, con un suspiro, dijo:

—Está bien; pero yo les pongo nombre.

—La que no se quería encariñar... —se burló Cristóbal.

—Ya me encariñé —respondió ella, con una mezcla de alegría y pesar.

Muchas veces Cristóbal le había dedicado sus pensamientos a su familia. No es que fuera “disfuncional” —o a lo mejor sí, no estaba seguro—, pero no podía creer que la vida se tratara de mantenerse todos juntos bajo el mismo techo, aunque fuera con total indiferencia. Desde que él y Enid habían entrado a la prepa, cada uno parecía haber tomado su camino: su mamá asumió que ya nadie necesitaba que le hiciera el desayuno ni vigilara su alimentación (¡menos a las seis de la mañana!) y se había desentendido del estado de la ropa, los avances académicos, las tareas escolares, los libros y un largo etcétera que abarcaba casi todo, excepto la despensa y la limpieza de la casa. Jamás hablaban; nunca preguntaba en qué andaban. “Claro, la comunicación es de ida y vuelta; yo también podría preguntarle cómo está, qué hizo, cómo se siente, qué sueña... La bronca es que qué tal que me suelta un choro deprimente o me cuenta en qué va la telenovela. Ah, ¿verdad, güey? Pues entonces no te estés quejando”, se reconvenía a sí mismo.

Su papá era otro caso. Cristóbal tenía la impresión de que no sabía cómo tratarlos ahora que ya eran grandes. ¿Por qué, si no, se la pasaba imponiéndoles

cosas absurdas, como si nadie pudiera dar un paso sin su consentimiento? No había manera de pedirle permiso para algo –lo que fuera: comprar un lápiz o hacer una fogata en la sala– y que la respuesta fuera un simple y sencillo “sí”. Todos sabían que el solo hecho de solicitar su aprobación era garantía de una negativa que luego había que regatear. Eso era lo que parecía fascinarle: el forcejeo, echarle al otro en cara que pusiera su autoridad en entredicho. Total, para que cada duelo de argumentos terminara en una frase como “para qué me preguntas, si vas a hacer lo que te dé la gana”, o “ya me cansaste: haz lo que quieras”. Y por eso procuraban no hablar mucho con él, aunque, como decía Enid, era una lástima desperdiciar un papá que no era borracho, parrandero, desobligado, golpeador; vaya, ni siquiera malhablado.

Y Enid... pues igual que él, hacía lo que podía, aunque seguido se le pasaba la mano con las indirectas y los sarcasmos, y si alguien le reclamaba, retrocedía y fingía inocencia. “Enid es como una mosca: friega y friega y friega, hasta que ve que ya enrollaste el periódico; entonces se va a molestar al de junto.”

El último resquicio de “convivencia familiar” era la hora de la cena. Nadie decía nada o se comentaban tonterías sin importancia, pero era una especie de acuerdo tácito: en esta casa se cenaba a las diez,

lloviera, tronara o relampagueara, y –solía burlarse la abuela– aquí no cabía eso de “estés o no estés”: todos tenían que estar.

Esta vez la cena en familia prometía un cambio en la rutina. “Esta vez me van a oír”, se dijo Cristóbal, mientras apagaba la luz y cerraba la puerta de su cuarto.

—¡No! –dijo su papá, casi gritó, y dio una palmada en la mesa.

A lo mejor si a su mamá no se le hubiera caído la tapa de la cacerola –¿a causa de la impresión?– cuando Cristóbal anunció que los perritos estaban en su cuarto y preguntó si podía mantenerlos ahí hasta que pudiera colocarlos, él no se habría sentido con derecho a reforzar su negativa con ese gesto.

—Ay, papá, pareces Neanderthal...

—Insultos, no –le advirtió, tajante, blandiendo un dedo rígido. Enid, a quien la oportunidad de burlarse le había brillado en los ojos y ya empezaba a abrir la boca para replicar, alcanzó a ver el gesto suplicante de su hermano y clavó la vista en su plato.

Cristóbal se lanzó a defender su punto de vista, mientras con el rabillo del ojo miraba a su madre, que se estaba demorando a propósito para no volver a la mesa:

—Pero papá, ¿qué clase de gente seremos si no somos capaces de compadecernos de unos pobres anima...

—No quiero oírte: he dicho que no –atajó él.

—No me interrumpas, papá; los demás no hemos expresado nuestra opinión. Me parece que no lo notaste, pero no te pedí permiso, sino tu parecer. Como yo asumo la responsabilidad, nada más quiero saber si alguien se opone a que lo haga.

—Hable ahora o calle para siempre... Aprovecha, mamá –dijo Enid; ella ni siquiera volteó.

—Espera tu turno, Enid –pidió Cristóbal, y continuó—. Ya dijiste que no, papá, pero tú siempre dices que no y punto. Ahora me gustaría saber tus razones y exponer las mías. No intento convencerte, pero sí quiero que sepas lo que pienso.

—¿Para qué? Esos animales serán una molestia para todos. No queremos eso.

—¿“Queremos”, papá? No hables por los demás: tú no quieres.

—Te equivocas: la mayoría no está de acuerdo con tu imposición. Yo puedo hablar por los demás porque soy el jefe de esta familia, te guste o no.

Cristóbal y Enid saltaron al mismo tiempo:

—¿Mayoría?, ¿cómo sabes? ¡Si no nos has dejado hablar! –reclamó Cristóbal.

—¡No me incluyas! Yo sí quiero que se queden
—declaró Enid.

Cristóbal aprovechó el desconcierto de su padre para decir:

—Mamá, por favor deja eso un momento y ven a la mesa. Estamos discutiendo entre todos.

—Ya me di cuenta —dijo ella con nerviosismo.

—No te preocupes, mamá, no nos vamos a deschongar —reforzó Enid—; discutir no es lo mismo que pelear, pero tenemos que ponernos de acuerdo *todos*.

Ante el tono con que Enid pronunció la última palabra, el padre reclamó:

—Arcelia, no me digas que hiciste arreglos con estos dos para llevarme la contraria...

—¿Cómo crees? Primera noticia que tengo, pero no quiero que me metan en sus asuntos: resuélvanlo ustedes.

—Ay, no, mamá, no empieces: “todos” quiere decir los cuatro, no todos menos tú. Si no quieres tomar una decisión y no quieres decir lo que piensas, no lo hagas, pero tampoco te dejes intimidar por mi papá —le espetó Enid.

—No, si no me intimida... —musitó, sin levantar la vista de su regazo.

Cristóbal aprovechó para insistir:

—Mamá, esto es una votación. Papá dice que la

mayoría no está de acuerdo en que los perritos se queden, pero Enid y yo sí queremos. Si tú estás de acuerdo con mi papá, estaremos empatados y tendremos que llegar a un arreglo que nos deje satisfechos a todos, pero si estás de acuerdo con nosotros, mi papá se tiene que aguantar lo que decida la mayoría.

Ella levantó la mirada y se topó con el rostro ceñudo de su marido, que le clavó los ojos como si pretendiera hipnotizarla; luego miró a sus hijos y finalmente volvió a bajar la vista, mientras anunciaba:

—Pues yo no quiero votar. Arréglense ustedes.

Ante su respuesta, Enid torció los ojos, pero Cristóbal saltó:

—¿Viste, papá? La mayoría dice que los perritos se quedan.

—Esto es ridículo; aquí se hace lo que yo digo y se acabó. Su mamá no tiene por qué ocuparse de animales si no quiere.

—Ay, papá: ¿ya ves cómo tergiversas las cosas? —Enid se levantó de su silla y fue a plantarse delante de él—. Nadie está diciendo que mamá tenga que hacerlo; nadie le va a imponer nada a nadie. Tú fuiste el que sugirió que se hiciera lo que la mayoría quisiera, y ya está: Cristóbal y yo somos la mayoría. Ahora aguántate; nos haremos cargo nosotros de los perritos, y como no se trata de que alguien sufra,

quiero que me digas cómo te gustaría que fuera su estancia aquí. Aunque seas minoría me interesa tu opinión.

Cristóbal casi se ríe al escuchar el discurso de su hermana, pero al ver el efecto que éste tenía en su papá, se contuvo.

—Tú también puedes decir lo que quieras, mamá —recordó Cristóbal.

—Ya para qué; ya decidieron, ¿no?

—Tú pudiste haber cambiado las cosas, ma', y preferiste no opinar. Ahora, como decía mi abuelita, “agua y ajo”, o sea, a aguantarse y a...

—Sí, sí, ya sé lo que decía tu abuelita; no hace falta que me lo recuerdes —lo atajó.

—Okey, ma': me callo. Pero ya me entendiste, ¿no? Queremos que nos des sugerencias y peticiones para que no tengas queja de los perritos.

—Pues no quiero que anden por todos lados. Y todo lo que ensucien, ustedes lo limpian.

—Rapidito y de buen modo, sin que se les tenga que andar diciendo —agregó el papá, todavía con gesto hosco—. Tampoco quiero chillidos ni ladridos, y a los tres meses se van todos, sin excusas ni pretextos.

—¡Vengan a verlos! —dijo Enid de pronto, saltando como niña—. Están chiquititos, todos negros y

peluditos. Ven a verlos, mamá, y luego me dices si no te derriten el corazón.

Ambos se negaron.

Blakie, Negro (“es lo mismo, tonta”, había dicho Cristóbal, y ella lo había hecho callar), Noche, Azabache (Cristóbal: “Ése es nombre de caballo”) y Magia. Enid les puso nombre y no quiso escuchar razones. “Si a sus nuevos dueños no les gusta, que se los cambien; ni modo que les diga perrito uno, perrito dos, tres, cuatro y cinco. Quiero guardarlos en mi memoria, porque dudo mucho que alguna vez vuelva a tener cinco perros, ¡y que podamos ganarle de nuevo a mi papá!”.

Habían repartido las tareas y Enid había conseguido unos biberones de juguete para alimentar a los cachorros mientras crecían un poco. ¿Qué harían cuando crecieran tanto que pudieran salir solos de la caja? El cuarto de Cristóbal iba a quedar hecho un desastre. Pensaron muchas posibilidades, desde regalarlos antes del plazo fijado hasta quitar todo lo que había en el piso y a su alcance, pero nada parecía una buena solución, hasta que Cristóbal dio con la respuesta: el cuarto de servicio que tenían en la azotea.

—Todo el mundo usa su cuarto de servicio para guardar cosas inservibles —dijo Enid.

—Pues por eso: los dejamos ahí, con periódicos y juguetes, mientras estemos en la escuela; como guardería. Así no molestarán a nadie.

—Bueno, pero hay que preguntarle a mamá si podemos usarlo.

—Okey, quedas comisionada para hacerlo.

—¿Porque fue tu idea?

—No: porque tienes la habilidad de plantear las cosas derechas, tal como las quieres.

—Barbero.

—¡Es la verdad!

Cuando volvió, Cristóbal preguntó:

—¿Por qué tardaste tanto?

—Es que subimos a verlo. Dijo que sí podemos usarlo, pero quedamos en que hay que aprovechar para sacar todo el mugrero. Tú cargas, yo limpio. Si hay algo que se pueda vender, se vende y el dinero es para los cachorros.

—Guau, qué buen arreglo.

—Ni te emociones: no creo que haya algo que valga la pena, a menos que alguien compre el polvo por kilo. Deberíamos conservarlo, a ver si éstos se vuelven perritos de la pradera.

El primer día de “guardería” subieron cargando la caja con los cachorros, un montón de periódicos, la

toalla de Cristóbal —o lo que quedaba de ella— y unos juguetes que Enid había confeccionado con calcetines viejos.

—Hace frío acá arriba —dijo Cristóbal—. A ver si no se congelan; ¿qué es lo contrario de un perro caliente?

—No fastidies, Cristóbal. Míralos, no quieren ni moverse. En lugar de hacerles juguetes con tus calcetines debí hacerles suetercitos. ¿Ya no tienes más?

—Como para ellos, no. ¡Me van a dejar sin ropa! Mi toalla, mi playera de Korn...

—...que ya era una garra...

—...y que me encantaba; mis calcetas de deporte; nomás me falta darles mis sábanas.

—Pues no es mala idea, ¡les va a dar pulmonía!

Unos toquecitos en la puerta interrumpieron su conversación.

—¡Mamá! —exclamó Cristóbal, sorprendido, cuando su madre entró cargando lo que parecía ropa doblada—. Ora sí que pásale a lo barrido. Saluden, muchachos.

—Qué bien les quedó. ¿Pintaron?

—No, ma', ¿con qué ojos? Sólo lavamos —explicó Enid.

—Les traje unas cosas que a lo mejor les sirven para los perritos. Hace frío. Pongan una de estas sábanas viejas de cortina para que se conserve el calor.

—Gracias, mamá —dijo Enid tomando el bulto—. ¿Ya los viste? Esta de la manchita blanca en el pecho es Noche; el gordito es Blackie; el más grande es el Negro, el más chiquito es Azabache, y Magia es la del pelito rizado en las orejas.

Su mamá la miraba con una expresión extraña, como si no le estuviera poniendo atención, mientras ella iba señalando los cachorros uno por uno. Al final, incómoda, la chica preguntó:

—¿Qué?

—Nada. Bueno, estaba pensando que no deberías encariñarte con ellos, porque muy pronto tendrán que irse y vas a sufrir.

Cristóbal temió que su hermana contestara con una de sus pullas habituales, pero por una vez, Enid se tomó su tiempo para responder, y cuando lo hizo, habló con voz pausada:

—Mamá, los amé en cuanto los vi. No puedo hacerme la tonta y fingir que no es así. Prefiero extrañarlos cuando se hayan ido que mantener mi distancia con la esperanza de no sufrir tanto cuando se vayan. Sería peor, porque entonces no tendría el consuelo de haberlos disfrutado.

La pausa que siguió se estaba volviendo incómoda, y Cristóbal la rompió:

—Uy; como decía mi abuelita que en paz des-

canse, un ángel se echó un pun...

Sonriendo, su mamá tomó en sus manos uno de los cachorros y preguntó:

—¿Qué les dan de comer?

—Leche —respondió Cristóbal, poniéndose colorado porque era el responsable de sustraer la leche del refrigerador.

Con un suspiro, ella empezó a explicar:

—Ay, niños, niños. ¿Para qué les sirve tanto Internet? Los animales no toleran la lactosa; por eso están inflados. Además, los tienen que limpiar después de darles de comer, como haría la perra. Usen un algodón mojado en agua tibia.

—Gracias, mamá; no sabíamos —dijo Enid.

—Pero no preguntan.

—Es que no queríamos molestar —explicó Cristóbal.

—Supongo que no. El día que ganaron la votación le dijeron a su papá que aunque él hubiera perdido, podían escuchar sus sugerencias y sus peticiones, igual que las mías.

—Pues sí: el hecho de ser mayoría no quiere decir que no tomemos en cuenta para nada las necesidades de los demás; todos vivimos aquí, y las decisiones nos afectan a todos —aclaró Cristóbal.

—Tienes razón, pero además de preocuparte por

el bienestar de los que perdieron, deberías considerar que ellos tienen su propia sabiduría y seguramente saben cosas, o formas de hacer las cosas, que tú ignoras. Siempre vale la pena intentar hacer equipo.

Cristóbal escuchó a su madre con la boca abierta; estaba claro que algo en su familia se había movido. “Estamos vivos”, pensó, y una sonrisa le iluminó el rostro.

Rofo y la dona de piedra

Nuria Gómez

Narradora, poeta. Nació en la Ciudad de México hace muchos años, en una familia divertida y numerosa. Estudió Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha escrito muchas obras para los niños desde 1983, en forma de libros, programas de radio o de televisión. En 2003 ganó el Premio FILIJ de Cuento para Niños con *Julieta, la de cuatro*. En los últimos años, sus libros *Pepenar palabras* (Editorial Patria), *El berinche de Moctezuma y otros poemas* (Editorial Verdehalago) e *Historias desde la zozobra* (Ediciones SM), antología donde participó con el cuento "Perropelón", fueron seleccionados para formar parte de las bibliotecas de aula de la Secretaría de Educación Pública.

Le gusta el olor de los libros nuevecitos y la cara de la gente cuando se emociona leyendo. También le gustan su perra "Tinta" y el campo. Además de las hojas de los libros, le gustan las hojas de los árboles, subirse a los frutales a cortar manzanas, ciruelas y peras... aunque la mitad se las come antes de hacer la mermelada.

1

—¡No manches, Rodolfo! ¡¿Cómo vas a ser mi hada madrina?!

—¡Shhh, no grites..! —Rofo se puso el dedo sobre la boca, tocando el ralo bigotito que apenas le salía. Volteó hacia un lado y el otro del patio, esperando que, entre el barullo del recreo, nadie hubiera escuchado aquello.

No. Afortunadamente. La escena no parecía llamar la atención de nadie: Rofo y Zuc, los inseparables, platicaban de pie en un rincón del patio, mientras comían su lonch. Zuc, moreno y flaquísimo, con los pantalones siempre cortos y los zapatos siempre grandes. Rofo, bastante más bajo que su amigo, mirándolo expectante con sus grandes ojos, la boca apretada, como si temiera decir algo más. El labio superior a la sombra del bozo, que él llamaba orgu-

llosamente “mi bigote nuevecito”. En la mano derecha el jugo en tetrabrick, con popote de rayas; en la izquierda, la pura servilleta que quedaba de la dona glaseada.

Aún sorprendido por lo que acababa de decirle su amigo, Zuc bajó la voz:

—¿Bueno, pero... ¿tú estás loco o qué te pasa? ¿De dónde sacas..?

—Ya sé que no es creíble y no quería decírtelo, pero no me queda otra...

Rofo tiró envase y servilleta al lejano basurero, con un pase casi mágico.

—No puede ser, Rofo. Eso sólo sale en los cuentos. ¿Cuándo has visto..?

Rodolfo tomó aire, se puso lo más serio que pudo y miró a Zuc de frente.

—De verdad, Zuc. Soy tu hada madrina, o tu hado padrino, o como lo quieras llamar. Me creas o no me creas. Yo no lo sabía y yo no lo escogí, sólo quería sacarte de una broncota en la que ni siquiera sé cómo te metiste.

Zuc se quedó frío. Su amigo seguía hablándole con la vista fija. Palideció ante la gravedad que gritaba en los ojos de su amigo.

—¿Se... seguro que no me estás choreando?

Rodolfo miró al cielo y suspiró.

—Ojalá, carnal, ojalá.

Nadie en el patio parecía haber escuchado.

—Vente para acá, lejos de la reja, que no te vean.

Los amigos se fueron caminando con la cabeza baja, farfullando con gesto de preocupación. Sólo Adelina los siguió, segura como estaba de que a ella nadie podía verla. Era viernes. El fin de semana no pintaba para ser tranquilo.

2

A Adelina le gustaba leer de todo: los letreros de la calle, los libros que le compraba su mamá, las cajas de cereal... ¡lo que cayera ante sus ojos! Le había fascinado siempre descubrir cómo las letras, esos dibujitos oscuros, querían decir algo y cómo sabiéndolos hilar, uno podía enterarse de tantas cosas por la vida.

Como cualquiera, Adelina tenía miedos. Le asustaban sobre todo los ruidos demasiado fuertes, los lugares oscuros y los perros.

Se peinaba bien bonito. Cada día traía el largo cabello acomodado de diferente manera: un día dos trenzas francesas; otro día, una sola en forma de diadema; otro más, unos mechones alborotados soste-

nidos por un broche; un buen miércoles, decenas de pincitas miniatura alineadas, como dos filas de hormigas que llevaran todos los colores del mundo a su agujero. Adelina Macías Almendaro tenía un cabello oscuro, lacio y brillante. La verdad es que cada mañana, mientras ella ojeaba el periódico del día frente al espejo, la peinaba pacientemente su mamá. Adelina tenía síndrome de Down. Claro que podía peinarse sola, así como podía vestirse y bañarse sola, hacer la tarea sin ayuda, o prepararse cuidadosamente un huevo estrellado... Para eso iba a sus talleres por las tardes, en la Casa del Sol, donde no sólo le enseñaban a cuidarse por sí misma, sino que había doctores para consultas especiales, talleres de pintura, de música, gimnasia olímpica... A sus trece años, casi catorce, Adelina había aprendido ahí miles de cosas, casi tantas como las que le habían enseñado en la escuela por las mañanas.

Lo que pasaba con los peinados era que la señora Almendaro de Macías trabajaba en una estética y le quedaban mucho mejor que a su hija. Y como la niña se sabía bonita, pues se aguantaba todas las mañanas mientras la peinaba su mamá. Quería verse siempre bien. ¡En una de esas su mamá le pedía a Zuc, su vecino, que la llevara con él a la escuela como la otra vez!

3

Zuc era un tipo singular. Alto y callado, cuando abría la boca era para decir algo realmente bueno. Lo mismo tenía de inteligente que de flaco. Se llamaba Zaqueo Uribe Carbajal, pero su nombre le disgustaba tanto que todos, su mamá, su hermano Lalo, Marisela y Rosi, sus hermanas gemelas, lo llamaban por sus iniciales.

Los papás de Zuc estaban divorciados desde hacía más de un año. Se llevaban tan, pero tan mal, que la mamá terminó por correr de la casa a su esposo y Zuc escasamente había vuelto a hablar con él. Según el muchacho, eso no le pesaba, lo que sí le daba coraje era que ya no les diera dinero para el gasto. La señora Carbajal trabajaba en una fonda y los domingos vendía tamales, memelas, tlacoyitos y pozole afuera de su casa. Eran los mejores del rumbo. A Lalo, el hermano mayor, que había terminado la secundaria técnica, lo habían contratado en un taller de aparatos eléctricos, pero entre los dos apenas ganaban el dinero suficiente para darle de comer a la familia.

Eso desesperaba a Zuc. Por eso había empezado a ir en las tardes a ayudar a su tío Quique en su taller mecánico-eléctrico. Aunque fuera para ganarse unos

pesos cambiando una batería, arreglando un corto, o cambiando los focos de algún carro. Él quería ver descansar a su mamá aunque fuera un rato los domingos, quería tener dinero para comprarse unos zapatos, y no usar más los que a Lalo le iban quedando chicos... pero que para él eran demasiado grandes.

Desde la primaria, Rofo siempre había tenido la sensación de que Zuc y él eran algo así como hermanos, aunque rebuscando entre las frondas de sus respectivos árboles genealógicos –Uribe Carvajal y Xochiteotzin Mancilla– no hubieran encontrado ningún pariente común. La única explicación posible para esa sensación fraternal era el hecho fortuito de que los dos habían nacido en la misma clínica de la ciudad, con pocos días de diferencia.

Rofo y Zuc iban en la Escuela Secundaria “Próceres de la Patria”. Aunque no estaban en el mismo salón, en cuanto salían andaban siempre juntos y se suponía que no existía secreto alguno entre ellos. Pero semanas atrás, Rofo había notado que su amigo andaba raro. No quería que pasara por él en las mañanas a su casa; y a la salida, ya para regresar juntos, se entretenía quién sabe dónde.

Un día en que Rofo se sintió mal y no pudo bajar a deportes, escuchó en el salón un celular que sonaba dentro de la mochila de su amigo. Cuando le pre-

guntó que si por fin había podido comprarse el celular que quería, Zuc, nervioso, le contestó que no, que de dónde, que él no tenía celular.

—Pero yo clarito escuché que sonaba uno en tu mochila...

—¡No, seguro era la de alguien más!

—Pero sonaba con esa rola de “Los Patéticos” que te gusta tanto...

—¡Oh, qué necio eres! Te digo que no tengo celular.

Rofo dudaba si serían sus nervios o si de veras su amigo le estaba escondiendo algo. La inquietud le rondaba el cerebro, como una mosca que ni se para, ni deja de zumbar.

4

La mamá de Rofo aseguraba que Naida, su hermana mayor, le traía buena suerte. Chaparrita, con una trenza larga y una nariz pequeña y puntiaguda, Naida era pintora y se reía mucho. Era verdad que estaba medio chiflada, pero Rofo no creía que estuviera loca, como aseguraba su papá.

Lo que ella decía siempre resultaba ser verdad. No sólo cosas del tipo *estás tan agripado que a ver si no amaneces con fiebre*, o *si sigues viendo la tele vas a repro-*

bar el examen de mañana. Esas las adivina cualquiera. La tía Naida adivinaba cosas tipo *ese coche trae un clavo de tres y media metido en la llanta izquierda de atrás, o nuestro pesero no pasa porque al chofer le hicieron una coleditiasis de emergencia hace rato.* No le fallaba una: a media cuadra se le ponchaba la llanta al carro, o el chofer del pesero aparecía después de dos semanas, tomando aún las medicinas para su recuperación.

Un buen día, Rofo le preguntó a Naida que cómo sabía que los huevos con los que habían hecho el pastel eran de una gallina con tres plumas verdes. Naida se acercó a él y pasándole el dedo por encima del bigote nuevecito le respondió:

—Muy bien, Rofo. Ahora ya tienes edad para escucharlo, pero necesito que me prometas que no se lo dirás a nadie.

—Te lo prometo —respondió él, chupando el betún del tenedor.

—Lo que pasa es que soy un hada.

El muchacho no se atrevió a contestar. A lo mejor su papá tenía razón: a la tía Naida sí le cascabeleaba un poco el juicio.

—Verás, Rofo. Para empezar, las hadas no somos cosa de otro mundo. Somos gente común y corriente que va al mercado, tiende su cama, despierta con lagañas y hace pipí y caca, como cualquiera.

Rofo nunca, en ningún cuento, había visto un hada que tuviera ganas de hacer chis, o que dejara en el aire la varita mágica para correr al baño presa de un incontenible retortijón. La tía Naida siguió:

—Es más. Las hadas pueden ser personas que ni siquiera se han enterado de que lo son. Pueden andar por el mundo como si nada, hasta que un buen día descubren que son hadas, o hados, porque no todas son mujeres.

Ante el silencio de Rofo la tía se interrumpió:

—No me estás creyendo una sola palabra, ¿verdad?

Rofo sabía que ella adivinaría si era o no sincero, así que no se arriesgó:

—No, la verdad no, tía. No me lo creo.

Entonces Naida tomó su bolsa y sacó de ella una piedra. No era una piedra común: era una piedra de río, con un agujero en el centro.

—¿Ves esto? —preguntó Naida—. Es una piedra de las hadas.

—¿De las hadas? ¡Parece una dona!

—Sí. Tiene en el centro un agujero, pero no se lo ha hecho ninguna persona. La ha perforado el viento, o el agua, a lo largo de siglos de erosión.

Rofo contemplaba la curiosa dona de roca que su tía le mostraba.

—Esta piedra, o mejor dicho este agujero natural, es el único medio posible para ver a las hadas que andan por el mundo, en su apariencia original.

Naida se la puso en la mano a su sobrino.

—Ándale, asómate y mírame.

Lentamente Rofo tomó la piedra y la acercó a su ojo, sin imaginarse que estaba a punto de ver una de las cosas más sorprendentes que había visto nunca. Lo que miró por ese agujero lo dejó extasiado. Frente a él estaba una pequeña criatura como del tamaño de una regla, batiendo vertiginosamente dos alitas verdes, mientras una larga trenza le bailaba en el aire. Tenía un brillo alrededor, como si alguien la alumbrara con una potente luz plateada desde arriba. De la boca de aquella hermosa criatura salió la voz de su tía:

—Entonces, qué, Rofito... ¿ahora sí me crees?

El muchacho bajó la piedra. Frente a él, estaba la misma tía de siempre.

—¿Cómo hiciste eso? —dijo Rofo, todavía estupefacto. Ella se rió.

—No lo hice yo. Son cosas que son así. Puedes creerlas o no.

Rofo no salía de su sorpresa.

—Ahora —le dijo ella— viene lo verdaderamente importante: toma la piedra y mírate a ti mismo en el espejo del baño. ¡Ándale!

Rofo obedeció. Tomó la durísima dona y se encaminó hacia el espejo que estaba sobre el lavamanos. Con cierto temor se llevó la piedra al ojo derecho...

—¡Ah!—gritó sobresaltado— ¡No puede ser!

Frente a él, en el espejo, una especie de duende lo miraba con una piedra idéntica sobre el ojo izquierdo. Tenía la misma cara de sorpresa que él, pero sus facciones eran más finas. Encima del labio superior lucía una curiosa pelusa verde. Rofo se tocó su bigote nuevecito. Aquella criatura se acarició el suyo. Ambos sonrieron con idéntica sonrisa, y después pegaron asustados el mismo salto hacia atrás. El de afuera se tocaba la espalda con curiosidad, el de adentro se tocaba unas alas transparentes y plateadas. El de afuera palpaba el aire sobre cada oreja, el de adentro se tocaba, primero una, después la otra, la fina punta de las suyas.

Rofo no salió del baño hasta que no estuvo absolutamente seguro de que aquella imagen con incipientes destellos de luz plateada era la suya propia. Naida lo esperaba en el sillón.

—E... entonces, ¿soy un duende? —preguntó Rofo aún atónito.

—Un hado —lo corrigió su tía—. Un hado, que no es lo mismo.

5

La tía de Rofo trabajaba por las tardes dando un taller de pintura en la Casa del Sol. A Adelina le encantaba verla pintar: un trazo de un color acá, otra pincelada allá y el lienzo blanco se convertía en una laguna llena de criaturas acuáticas, en un circo de ágiles acróbatas voladores, o en una selva donde sólo faltaba escuchar los gritos de los monos aulladores. Naida y la niña eran buenas amigas. Por eso no era raro que Rofo las viera juntas con frecuencia entrando de la mano a la unidad habitacional. Cada vez que el papá de Adelina tenía algún contratiempo y no podía llegar a buscarla, Naida la llevaba con ella y él ahí la recogía más tarde. Si alguna vez los papás querían salir solos al cine, a cenar o de fin de semana, Naida se ofrecía, muy contenta, a quedarse con ella.

A Adelina le encantaba pasar la noche ahí. Primero, porque Naida le prestaba sus pinceles, sus lápices de carboncillo, sus caballetes y paletas. A veces pintaban juntas un mismo cuadro, otras terminaban pintándose una a la otra pecas, ronchas verdes, narices coloradas o rayas de cebra en la cara. Además, cenaban unas pizzas deliciosas que cocinaban con Rofo, y antes de dormir, Naida siempre empezaba

una guerra de almohadazos que terminaba tardísimo, con los muebles desacomodados, alguna lámpara en el suelo y las dos pintoras, risueñas y greñudas, tiradas en medio del campo de batalla.

Así quién no iba a dormir bien. No le importaba nada la oscuridad en esa casa. Adelina caía cansadísima en su bolsa de dormir. El largo cabello desme-lenado en un cojín, en esa casa siempre soñaba que era grande. Curiosamente, soñaba que Naida era más chiquita que ella, que tenía unas alas verdes, como de libélula, y que algo como un rayo de luz plateada iluminaba a su alrededor mientras pintaba.

6

Cuando Rofo salió de su estupefacción se enteró de los detalles de la vida del “Pequeño Pueblo”, como llamaba la tía Naida a los de su estirpe mágica. Supo que estos seres maravillosos siempre tienen un brillo en torno suyo. Casi siempre es plateado: el brillo dorado está reservado para las hadas más poderosas, las que logran los portentos supremos. Rofo también aprendió que antes las hadas vivían aisladas en los bosques y rara vez se metían en la vida de la gente común, pero la llamada civilización humana se fue extendiendo como una pesada cobija gris sobre la

espesura de selvas y boscajes y, así como le sucedió a muchas especies del reino animal, la “Pequeña Gente” vio su hábitat cada vez más reducido. Esto obligó a las hadas, igual que a los lobos o a los tigres, a vivir cada vez más cerca de los seres humanos.

—Al grado que hoy, ya ves —reía Naida mientras le explicaba a su sobrino—, aquí estamos, tú y yo, metidos en casas de gente normal, con apariencia de gente normal, usando jeans y cachuchas, como la gente normal. La adaptación evolutiva es sorprendente, Rofito, ¿no crees?

A Rofo le costaba mucho trabajo asimilar su nueva condición.

—¿Y por qué esto tiene que ser secreto, eh?

—¡Ay, m'hijo! ¿Te imaginas si la gente supiera que las hadas existimos? Vendrían a tocar a nuestra puerta a toda hora, pidiendo que solucionaríamos, a punta de varita mágica, la pobreza, la discriminación, el SIDA, las guerras, la drogadicción, la inseguridad, las desigualdades, el hambre... Rofo se llevó las manos a la cara mientras su tía tomaba aire para seguir:

—¡Y luego sus caprichitos! ¡Imposible! Ya una vez lincharon a una colega, porque no pudo darle a su ahijado un avión supersónico que le pedía...

—¿Por qué no pudo? —preguntó Rofo.

—A lo más que llegó fue a regalarle un parapente... ¡y lo tuvo que comprar! Los humanos se han vuelto avorazados y las hadas hemos perdido poderes con el estrés, la contaminación, la dieta chatarra y las sopas de a mentiritas...

Rofo empezaba a decepcionarse.

—¡Uy! Entonces, ¿qué poderes nos quedan?

—Pues verás... —dijo Naida rascándose la cabeza— pocos en realidad. La mayoría podemos desplazarnos levitando en horizontal o en vertical.

—¿No volamos con las alas?

—¡Ja, jah! ¡No! ¡Cómo crees? —exclamó ella divertida, lanzando hacia atrás su larga trenza—. No volamos con ellas, son demasiado chiquitas, sirven sólo de adorno. Pero podemos flotar por encima del suelo a toda velocidad, gracias a una sustancia invisible y etérea que producen nuestros pies.

—¿Y eso cómo se hace?

—Es difícil. Tienes que practicar, concentrarte. De pronto, cuando no te lo esperas, ves ese brillo especial en las suelas de tus zapatos y, ¡a flotar por ahí!

Rofo miró la suela de su zapato. Le pareció ver un pequeño círculo brillante, pero era sólo una chinchete plateada. Bastante frustrado, preguntó:

—Y entonces, aparte de eso, ¿qué chiste tiene ser hado?

—Lo más importante es ser madrina o padrino, porque nos queda el poder de darles a nuestros ahijados recién nacidos algún don, o algún poder.

—¡Újule! ¡Yo ni ahijado tengo!

Naida soltó una carcajada.

—¡Eso es lo que tú crees, Rofo! Eres padrino y requete-padrino.

—¿Cómo? ¿De quién?

—¡Eres el hado padrino de tu amigo Zuc!

—¡Nooo! ¿Cómo crees, tía? ¿En serio?

Para darle seriedad al asunto, Naida dejó de reírse:

—¡Claro! Cuando Zuc nació, tú estabas en la misma clínica, en el mismo cunero. Las Hadas Supremas decidieron que fueras su padrino.

—¡Pero a mí nadie me había dicho...!

—Te lo dijeron entonces, pero las Hadas Supremas no saben nada de las etapas del desarrollo humano... ¡como ellas son inmortales, ni saben a qué edad se empieza a tener uso de razón! Y claro, ni entendiste que eras hado, ni quién era tu ahijado, y en su momento no hiciste nada por él.

—¡Uy, qué chiste! —Rofo casi lograba sacar la chinche de su tenis.

—¿Cómo de que qué chiste? El chiste es que ahora que ya lo sabes puedes aprender a darle los dones que no le diste cuando era recién nacido.

—¿E... en serio?

—¡Claro! Dones con los que puedes protegerlo, hacerlo más fuerte y mejor. Por ahora, te voy a enseñar un conjuro para reunir el agua de los pétalos de las flores.

—Pe... pero en mi casa la compramos de garrafón...

La tía decidió ignorarlo.

—Sábetete que debes decirlo siempre con una vara, o algo parecido, en la mano. Puede ser un pincel, un lápiz que no esté demasiado gastado, una regla... ¡En caso de emergencia yo he usado hasta un jalador para trapear!

7

Afuera de las escuelas, a la hora de la salida siempre hay mucha gente. En la secundaria “Próceres de la Patria”, también: los papás y las mamás que van por sus hijos; los que se van en bola a la parada del pesero; los vendedores de chicharrones, papas y paletas; Leonardo, el portero de la escuela y su perro “Morlaco”... Pero cada quien anda en lo suyo y casi nadie se fija quién es quién.

A Rofo le dio por comprarse un raspado, desde que Zuc se le perdía a la salida. Así hacía tiempo

mientras lo esperaba. Adelina platicaba con sus amigas, siempre lejos del “Morlaco”, cuyos colmillos afilados le daban terror. Julián y Raquel, dizque muy disimulados, se besaban detrás del arbolito... Todos tenían que ver con alguien. Menos aquel señor al que Rofo vio la tarde de ese jueves, un poco más allá, medio escondido detrás del letrero de la fonda.

El tipo, a simple vista, parecía normal. No era alto ni chaparro, no estaba galán ni tampoco feo, tal vez un poco orejón. Lo que llamaba la atención era su mirada lúgubre. Rofo la sintió clavada y volteó. Por un segundo sus ojos se encontraron. El hombre rápidamente miró para otro lado y se caló unos lentes oscuros, pero a Rofo ya se le había pegado un escalofrío en la espina dorsal.

—¿De grosella, como siempre? —le preguntó el del carrito de raspados. Rofo le contestó:

—Sí, Pepe, como siempre.

Cuando volvió a mirar, ya no había nadie. Pero un segundo después vio a Zuc hablando con el truculento individuo. De pronto aquel hombre tomó a su amigo violentamente de la camiseta. Zuc se safó temeroso y le dijo algo que lo tranquilizó. Se despidieron secamente. Fue Rofo el que se volteó para otro lado entonces. No había pasado un minuto

cuando escuchó la voz de Zuc a sus espaldas. Mal disimulaba el susto:

—Vámonos, carnal, que ahora sí se nos está haciendo bien tarde.

—¿Sabes qué? —improvisó Rofo:— Vete yendo. Yo tengo que... que pasar a ver a mi tía Naida.

—Oye, ¿sigue en pie el fin de semana en tu casa? Digo, para traer mis cosas.

—Sí, te quedas desde mañana, ¿no?

—Sale, pues. Nos vemos mañana.

Chocaron las manos. Zuc se puso los audífonos y echó a andar.

En cuanto Rofo vio desaparecer la cachucha de su amigo por la esquina, salió corriendo rumbo a donde había visto desaparecer al siniestro orejón.

Sólo había avanzado media cuadra cuando lo vio entre la gente, en la terminal de peseros, con un celular al oído. Rofo se quitó la gorra y la sudadera y las guardó en la mochila: así sería más difícil que lo reconociera. Trató de pasar inadvertido en el tumulto y se colocó lo suficientemente lejos como para que no lo viera el tipo, pero lo justamente cerca para escuchar lo que decía.

—El muy imbécil me salió con que ya no le iba a entrar, que era la última... ¡Pues claro, Matasiete! Le dije que él ya sabía que en esto no hay vuelta de

hoja... Exacto... que no te hiciera enojar, porque no respetas...

Rofo oía, parapetado tras la enorme bata de cuadros de una señora.

—No, Matasiete... No creo. Tanto como para romperle la madre, no... Te digo que se espantó tanto que se alineó... Pues eso sí... una calentadita para que no ande con ideas... Como tú digas, mi Mata. ¿Lo agarramos el lunes?.. Ah, de veras, que la semana que viene no estamos... Pues mañana entonces, mándame al Gangrena y al Pelos para que se ocupen... Sí, después de la escuela...

A Rofo se le salía el corazón. Tenía que evitar que un par de matones le rompiera cada uno de los doscientos y pico huesos del cuerpo a su amigo y ahijado. Salió a toda velocidad de su refugio detrás de las espaldas de la gran señora y corrió, tal como lo había dicho, rumbo a la casa de su tía Naida.

8

Rofo avanzaba sin dejar de pensar en la amenaza que se cernía sobre Zuc. Imaginaba una horrible escena donde le molían el esqueleto a puñetazos, o a saber con qué funestas armas, los tales Gangrena y

Pelos... Rofo sabía que si de verdad era su hado padrino, tenía que sacarlo de esta bronca.

Naida ya había adivinado que Rofo venía jadeando para contarle —como si ella no lo supiera— el problemón. Tranquilamente salió de su departamento, con todo sosiego bajó las escaleras, avanzó por el andador calmadamente, salió a la calle, y cuando Rofo daba la vuelta en la esquina, lo atajó en un abrazo.

—Tranquilo, Rofito, tranquilo.

—E...es que... ¡Ay, tía! ¡Ni sabes! ¡Pobre Zuc!

—¿A poco crees que no sé? Le quieren partir la cara, ¿no? Por eso te estoy esperando. Ya hasta le hablé a tu mamá para decirle que ibas a comer conmigo.

—¡Ay, gracias, tía! ¡Eres la neta!

—Pero vuélale, que tengo que ir a dar taller a la Casa del Sol. Estamos justos de tiempo. Tienes que entrar en acción oficialmente como hado padrino.

Una vez arriba, Naida le preguntó a su sobrino:

—¿Ya sabes qué don le quieres conceder a Zuc?

Rofo no tenía la más peregrina idea.

—¿Pues cuáles hay? Es que ni sé...

Naida sacó del cajón de la cocina un folleto de venta de *toper* y se lo pasó a su sobrino. Éste se le quedó mirando.

—¿Cómo, tía? Lo van a medio matar dos gorilas, ¿y tú quieres que le regale el botanero múltiple!?

—Ah, no, no. Perdón. Tienes que mirarlo con la piedra de las hadas. Se me andaba olvidando —entonces la sacó de su bolsa y se la ofreció.

—¡Ahora sí! —dijo aliviado el muchacho, mirando el catálogo por el hoyito. Frente a él, página por página, se desplegaba el muestrario de todos los dones que pueden ofrecer las hadas a sus ahijados.

—Gracia, sabiduría, poder para nadar al fondo del océano... no, eso no creo que le sirva... ¿Cuántos dones puedo darle?

—Uno —dijo Naida— porque eres primerizo. Pero puedes aplicarle otro de mi parte —y cerró un ojo—. A mí me autorizan a apoyar a las hadas novicias.

—Okey, okey. ¡Yo, éste!

Rofo señaló el modelo INV3x24: invisibilidad total por tres días, que al ojo humano aparecía como una jarra medidora de transparencia insólita.

—¡Excelente idea! —aprobó su tía—. Así, esos infelices montoneros no podrán verlo. Muy bien. Yo voy a darle el VAL-15: valentía plus —añadió señalando lo que a simple vista aparecía como un gran platón rojo a prueba de rajaduras—, porque tendrá que ser muy valiente para zafarse de esos tipos.

Rofo se quedó más tranquilo. Podría proteger a Zuc, finalmente. Repasó cuidadosamente el plan y apuntó en un papel el conjuro que debía murmurar mientras señalaba a su amigo con una varita... o algo parecido.

—Debes ensayarlo muy bien, Rofito. No olvides que eres un novicio y nunca has hecho esto. Todo tiene que salir perfectamente.

Naida cargó en un lápiz bicolor el don que le mandaría a Zuc. Sólo faltaba que Rofo, cuando lo tuviera enfrente, recitara sin titubeos su conjuro, señalándolo enérgicamente con él. Lo demás parecía pan comido.

9

La mañana de aquel viernes, Rofo fue a la escuela repitiendo por el camino las palabras del hechizo mientras caminaba:

*En nombre del Pueblo Pequeño
de este don hoy eres dueño:
serás invisible
ante algo temible.
Caduca en tres días el conjuro.
Yo, Rofo, lo afirmo y lo juro.*

Se sentía muy bien diciendo eso de “yo, Rofo, lo afirmo y lo juro.” Y después agregaba, por instrucciones de su tía Naida:

*Recibe también otro don,
que viene de oferta y pilón.*

El plan era hacer invisible a Zuc desde la hora de entrada, para que –en caso de que los perversos sujetos espieran por la reja en el recreo– no lo hallaran. Después, Rofo le explicaría las cosas y escondería su mochila para que pareciera que Zuc simplemente había faltado. Puesto que había pedido permiso para pasar el fin de semana en casa de Rofo, el plan resultaba ideal. Sería invisible hasta el domingo por la noche, justo a tiempo para volver a su casa.

El muchacho llegó a la escuela y esperó afuera. Sacó de la mochila el bicolor rojo que traía el hechizo de valentía plus y esperó a su amigo. Todos los alumnos fueron llegando: Pamela y Lupita, Gandarilla, Joel, Grisel y Adán su hermano... Se enfilaban apurados hacia los salones. Zuc tardaba. Su hado padrino jugueteaba nerviosamente con el bicolor entre los dedos. Estuvo a punto de olvidar que lo debía usar como vara mágica y por poco lo muerde como mordía sus lápices ante un examen.

Cuando ya no quedaba nadie afuera, cuando faltaban unos segundos para que tocara el timbre, Rofo por fin vio a su amigo acercándose por la calle. Venía platicando con Adelina. La mamá de su compañera había amanecido agripada y le había pedido a Zuc que la llevara con él a la “Próceres”.

Rofo los saludó con la mano, tomó aire y esperó a que llegaran a prudente distancia. Calculó que no lo escucharan y comenzó a repetir por lo bajo aquello que tantas veces había ensayado:

*En nombre del Pueblo Pequeño
de este don hoy eres dueño:
serás invisible
ante algo temible.
Caduca en tres días el conjuro.
Yo, Rofo, lo afirmo y lo juro.*

Y mientras lo hacía, blandía el bicolor como si fuera una varita mágica. Todo iba saliendo de maravilla, pero cuando Rofo llegó a lo de:

*Recibe también otro don,
que viene de oferta y pilón...*

...sonó la campana. Entonces Adelina corrió a la

puerta y se atravesó por enfrente de Zuc. Rofo sintió que una fuerza invisible salía expelida vigorosamente de la punta roja del bicolor. Acto seguido, Adelina desapareció frente a sus ojos.

10

Adelina se levantó. No sabía qué impacto repentino la había lanzado al piso, pero al momento de ponerse de pie sintió que una extraña fuerza corría por sus venas. No se asustó cuando se dio cuenta de que era invisible y tampoco sintió pánico alguno cuando se percató de que estaba justo al lado del “Morlaco” y sus temibles colmillos. Como una ráfaga alcanzó a entrar a la escuela, junto con Rofo, que jalaba a Zuc, antes de que Leonardo, el portero, cerrara detrás de ellos.

—¿Zuc? —llamó la niña en voz muy baja.

—¿Eh? ¿Adelina? —respondió él, sin encontrar en su campo de visión más que a Rofo y a la maestra Soberanes, la directora, que se acercaba por el pasillo.

—¡Ese par de alumnos! ¡Uribe! ¡Xochiteotzin! ¿Qué están haciendo fuera de su salón? ¡A ver! —se aproximaba resonando sus finos tacones en las baldosas.

—¡Córrele, Zuc! —dijo Rofo—, tú llévate su mochila y escóndela en un lugar seguro. Yo me encargo de Adelina. Nos vemos en el recreo.

Apenas Zuc pegó la carrera, Rofo le murmuró a Adelina:

—Sígueme al salón, pero mejor no hables en todo el día. Eres invisible...

—¡Sí, ya sé! —dijo la voz de Adelina—. ¿Cómo pasó eso?

—Luego te explico. Se te va a pasar en unos días. Quédate junto a mí, pero no le estorbes a nadie, ni hagas ningún ruido. ¿Va?

—Va. No te preocupes.

—Camina detrás de mí, lo más cerca que puedas.

La voz de la maestra Soberanes volvió a resonar en el pasillo:

—¡Xochiteotzin! ¡A su salón!

A la maestra Soberanes le pareció por un momento, sólo por un momento, que eran dos pares de pasos los que avanzaban hacia el salón.

11

Después de enterarse de los detalles del padrinzgo mágico de Rofo, de cómo había planeado salvarlo de la golpiza de los secuaces del Matasiete, y de

cómo el plan había sufrido un giro accidental, Zuc le preguntó consternado a su amigo, allá en el último rincón del patio:

—Y a todo esto, ¿Adelina?

—Aquí estoy, Zuc.

Estaban los tres amigos reunidos. Zuc les confesó que se había involucrado con la banda de robacoches porque le habían ofrecido mucho dinero por trasladar autos robados de un lado a otro. Se los dejaban en un callejón, él tenía que cambiarles las placas y pintarlos con spray. Luego los llevaba a la dirección que le mandaban en un mensaje al celular que le habían dado.

—Entonces sí tenías celular... —le reclamó Rofo.

—Entonces, ¿estás ayudando a robar? —le preguntó Adelina.

—Bueno, yo no robo. Yo nada más pinto los carros con aerosol y los llevo donde me dicen.

—Es lo mismo, carnal. No te hagas güey —le dijo Rofo.

—¡Pero es que me pagan una lana! Cada tercer día me dan un montón de billetes. ¿Cuándo iba yo a juntar tanto dinero ayudando a mi tío Quique?

—Yo digo que lo que está mal hecho está mal hecho, Zuc. No le hace que sea por ayudar a alguien —se oyó la voz de Adelina. Zuc se defendió:

—¿No ven que ahora sí estoy ayudando a mi hermano y a mi mamá?

Rofo se quedó pensativo:

—Pues los estarás ayudando con dinero, pero también los estás engañando, carnal. No se vale... Y si llegaras a tu casa hoy en la tarde con todos los huesos rotos, ¿como en qué les ibas a ayudar?

Zuc bajó la mirada.

—Ya lo sé, carnal. Por eso me quise rajar, pero ya ves. No me dejan.

Sintió unas palmadas en la espalda. Era la mano gordita de Adelina.

—No te apures, Zuc, nosotros te vamos a ayudar.

De hecho, ella y Rofo ya tenían un plan. Adelina iría a la bodega por una cuerda. Zuc se pararía junto a la barda del patio y Rofo ayudaría a la invisible niña a subir sobre sus hombros para amarrar la cuerda al árbol del patio. Cuando el patio quedara vacío, Zuc escaparía trepando por ella y se iría a casa de Naida. Ella —le había dicho Rofo sin darle mayor explicación— estaba al tanto de todo y seguramente lo escondería mejor que nadie.

Con Adelina la cosa era más sencilla. Todos habían dado por hecho que ese día no había ido a clases, así que se iría con Rofo a la casa de Naida.

Rofo aseguraba que su tía podría revertir el hechizo de invisibilidad y así Adelina iría en la tarde, como si nada, a sus talleres en la Casa del Sol.

12

Por suerte Adelina había hecho cada día los ejercicios que le había recomendado su doctor. Estaba haciendo un gran esfuerzo para trepar a los hombros de Zuc, pero sus músculos le respondieron mucho mejor de lo que ella esperaba. Después de batallar un poco con sus dedos, logró que la cuerda quedara firmemente atada a la rama del árbol y ella estaba de nuevo en el piso.

Zuc se escondió en el árbol hasta que el patio quedó en silencio absoluto. Entonces, tomó la cuerda y en menos de medio minuto saltó del otro lado de la barda y pegó la carrera rumbo a casa de Naida.

A la hora de la salida, Rofo y Adelina vieron a un par de hombrones en un carro sin placas. Miraban hacia la puerta de la escuela, sin perder detalle. Ellos se hicieron los disimulados y se fueron. Los oscuros truhanes ni siquiera se fijaron que había salido un chavo con dos mochilas.

Cuando Rofo empezó a caminar más tranquilo, notó que de sus pies salía una sustancia invisible y

etérea que lo hacía flotar y deslizarse en el aire, como si trajera una patineta. Puesto que no había nadie que los viera, cargó a Adelina “de caballito” y en un dos por tres llegaron a casa de la tía Naida.

Cuando estuvieron todos reunidos, se dieron cuenta de que habían logrado librar a su amigo de la mayúscula golpiza. Zuc estaba muy agradecido. Abrazó a Rofo y a Naida. Abrazó a Adelina con cariño y ella sintió, a pesar de haber recibido el potente don de la valentía plus, que le temblaban como chicle las piernitas.

Pero había dos problemas aún. El primero era que Naida, después de leer con la piedra de las hadas las letras chiquitas del catálogo de dones, les confesó:

—No hay modo de revertir el INV3x24. Al hado Rigoberto, que hacía este antídoto, lo atropelló un pesero hace meses y nadie ha dado aún con la fórmula.

—¡Mis papás se van a preocupar! —dijo Adelina—, pero no podemos arriesgarnos a que descubran el secreto.

—¡Ja, jah! ¡Ya sé! —prorrumpió el hada—. Le puedo pedir a tu mamá que te deje conmigo el fin de semana. Le diré que Zuc y tú se quedaron a comer. Que si te deja quedar hasta el domingo. Total, yo

calculo que para las seis de la tarde ya te veremos con nitidez. –Y agregó:– A lo mejor estarás todavía un poco paliducha, pero nada que no pueda pasar por un simple atracón de pizza.

A todos les pareció que era buena idea. Incluso a la mamá de Adelina, con quien hablaron por teléfono. (¡Por suerte Adelina no había perdido la voz!) Se quedarían los tres a pasar el fin de semana con Naida.

Esa noche, se pusieron un mundanísimo atracón de pizza y se rieron mucho viendo cómo, en la mano de Adelina, las salsitas aparentemente salían volando solas, para escurrirse sobre las rebanadas de cada uno de los amigos.

13

El sábado Rofo abrió los ojos y miró la bolsa de dormir de Adelina. Era curioso ver un bultito acurrucado adentro, sin ver su cabeza en el cojín. Rofo extendió la mano. Ahí estaba, podía sentir su pelo desordenado. Cuando despertó, Zuc hablaba poco: estaba muy preocupado. Se había salvado de momento, pero seguía involucrado con una peligrosa banda de la que no sería tan fácil zafarse. No sólo lo andaban buscando para ponerle una golpiza de pi-

ñata, sino que tendría que seguir siendo su cómplice para toda la vida.

—Pues yo creo que hay que decirle a la policía —dijo Adelina decidida.

—Yo no —contestó él—. Los policías siempre son corruptos y capaz que son amigos del Matasiete. Si se entera que lo denunció, ¡entonces sí me mata!

—Ahhhh... —dijo Rofo estirando el bigote nuevo con un bostezo—. Yo digo que en algún lugar debe de haber un policía de fiar.

Un cepillo subía y bajaba, aparentemente en el aire, mientras Adelina se peinaba, sin temor alguno a jalarse el cabello.

—¡Antonio Espronceda! —gritó de pronto—. Yo vi un policía en el periódico. Uno que tenía un compañero de patrulla tramposo y ya no quiso andar con él. Luego también quiso que lo sacaran de su grupo, porque todos eran iguales.

—¡Claro! Es el policía que se tuvo que esconder y no salió hasta que estaban todos en la cárcel...

Zuc saltó en su lugar:

—¿Tiene Internet tu tía, Rofo? ¿Te acuerdas en qué periódico era, Ade?

—En *El Imparcial* —respondió ella sin dudar.

Esa misma tarde, la tía Naida hablaba con la reportera que había escrito la nota sobre Antonio

Espronceda. Se llamaba Adriana y sabía mucho sobre la corrupción y sus denuncias. Había seguido el caso del policía de principio a fin.

—Mire, señora Naida —le dijo por teléfono—, la persona que usted dice puede entrar en un plan de protección como el del oficial Espronceda. Si era parte de la banda, tendrá algún castigo, pero si ya no quiere seguir robando y demuestra su intención con la denuncia, el castigo puede ser mucho menor.

Adriana les ayudó a localizar al oficial Espronceda. Rofo y Zuc fueron a platicar con él a una cafetería. (Claro que Zuc no le dijo que se trataba de él, sino de “un primo”.) El policía les dijo:

—Pues hay que convencer a su primo de que tiene que denunciar al tal Matasiete y a su banda, si queremos entre todos algún día acabar con esta inseguridad. Si nos quedamos callados, si no actuamos todos, aunque sea muy poco a poquito... ¿a poco creen que va a venir un hada madrina y nos va a resolver el problema con su varita mágica?

Rofo y Zuc sabían mejor que nadie que, aun existiendo las hadas, eso no era posible. Intercambiaron miradas de complicidad. Zuc, para variar, ni dijo nada, pero se quedó pensando que esa complicidad con Rofo... esa sí le gustaba.

Semanas más tarde, Adelina esperaba a que su mamá le peinara el negro cabello. Ojeaba el periódico y saltó cuando vio la noticia en letras grandotas:

Valerosa periodista y el oficial Antonio Espronceda ayudan a testigo protegido a capturar a famosa banda de robacoches. También eran secuestradores y asesinos. Gracias al trabajo de equipo, todos los peligrosos miembros de la banda están ya en la cárcel.

Esa misma tarde, Rofo, Zuc y Adelina salieron de la “Próceres” y se fueron a comer con el oficial Espronceda, Adriana y la tía Naida. También estaban la mamá de Zuc, Lalo, Marisela y Rosi, sus hermanos, sin los cuales Zuc nunca se hubiera animado a declarar. No faltaban los papás de Adelina ni los de Rofo, que se habían hecho cargo de esconder a Zuc mientras pasaba el peligro.

Zuc platicaba más. Estaba contento de no haber ido a parar a la cárcel. No podía ganar ni poco ni mucho dinero, porque le habían puesto de castigo cumplir con muchas, muchas horas de trabajo comu-

nitario. Por las tardes, tenía que enseñar a leer, plantar árboles, entrenar a unos chavitos en basquetbol y otras cosas. Le preocupaba no llevar dinero a su casa, pero, como le había dicho su mamá: tenía que aprender a tener paciencia. Le tocaba estudiar bien, que era su principal trabajo en el momento. Podría ayudar mucho más cuando hubiera terminado de estudiar una carrera.

Mientras Zuc les contaba lo que había hecho aquellas tardes, Rofo sacó disimuladamente la piedra de las hadas que traía en su bolsillo. Rápidamente miró a su tía. La pequeña hada batía las verdes alas y le guiñaba un ojo sonriendo entre su brillo plateado. Rofo echó otro vistazo hacia los demás. Los miró a cada uno: a Adelina, sonriente, con su largo cabello oscuro; a Zuc, flaco y contento, saludándolo con la mano; a Lalo, a Marisela, al oficial y a la periodista. No, ellos no eran hadas. Se veían igual.

Entonces Rofo se alejó del grupo. Quería verlos, como si fuera una foto para guardar en su memoria. Cuando los miró a través del hueco se quedó pasmado, como aquél día ante el espejo de casa de su tía: Zuc, Adelina y sus papás, Adriana la periodista, el oficial Espronceda... estando juntos despedían un brillo asombroso, como si una potente linterna los alumbrara desde algún lugar. A diferencia del res-

plandor plateado de su tía o de él mismo, aquel grupo tenía un intenso fulgor como el del sol. Rofo tuvo que hacerse sombra con la otra mano. ¡Era el brillo dorado! El de quienes alcanzan la fuerza más completa, el que únicamente han alcanzado, por sí solos, dos o tres hechiceros en la historia. Aquel grupo de amigos había conseguido el secreto y poderoso resplandor de la magia conjunta.

Rofo se guardó la piedra en el bolsillo, y curvando su bigote nuevecito en una sonrisa hechicera, se deslizó por el aire hasta su lugar, para saborear una dona glaseada.

Juan Pinky

Monique Zepeda

Pedagoga por la Universidad Nacional Autónoma de México, psicóloga por la Universidad de la Sorbona de París. Ha trabajado como terapeuta para niños, con especialidad en psicosis infantil. Es autora de publicaciones para maestros, entre las que se encuentran *Escuela viva*, *Profesión*, *Maestro y Aprendiendo juntos*.

Recibió el premio El Barco de Vapor 2000 por su obra “El cuaderno de Pancha”.

Entre sus libros de literatura infantil se encuentran *El cuaderno de Pancha* [Ediciones SM/DGP-Conaculta (colección El Barco de Vapor, 2001); Ediciones SM/SEP (colección Libros del Rincón, 2001)]; *Las piñatas* (Alfaguara, 1997); *Marita no sabe dibujar* [Fondo de Cultura Económica (colección Los Especiales de A la Orilla del Viento), 1960; Biblioteca de Aula, 2004)]; *María la curandera* (colección Libros del Rincón, UPE, 1996); *La llave maestra* (Diana, 1991); *Un corazón lleno de suerte* (Diana, 1990).

Juan Pinky se sentó sobre la barda de piedra frente a la escuela. Era asombroso el silencio un poco antes de que tocara el timbre de salida. No parecía que ahí adentro hubiera más de mil estudiantes; de los cuales, muchísimos le eran indiferentes y unos cuantos, no. Desde ese lugar podía ver salir a sus compañeros y darse cuenta desde ahorita y desde lejos con quién se las iba a tener que ver. Sacó de su mochila las calificaciones. Meneó la cabeza desanimado: tenía un gran problema.

El sonido del timbre lo sacó de su pensamiento y levantó la cabeza alarmado. Ya venían bajando la escalera, galopando, un montón de voces y exclamaciones; muy pronto, Juan Pinky se vería rodeado, y su silencio, totalmente esfumado.

—¡Pin... Pinky! Traidor... ya te vi en la lista de calificaciones. No tienes vergüenza, me cae —dijo El Gordo Barreto.

—¿Por qué? ¿Qué hizo este tarado? —preguntó El Sanduis.

—Eres un rastrero, arrastrado, barbero —escupió El Gordo Barreto, cada vez más rojo. Me cae que me dan ganas de golpearte, pinche Pinky.

Juan Pinky endureció su cuerpo. Conocía esos avisos del gordo y faltaban segundos para que le pegara por lo menos un puñetazo en el hombro. Hacía un tiempo, su mamá le había visto unos moretones en el brazo.

—¿Qué te pasó, hijo? —preguntó algo preocupada.

—Nada —exclamó Juan, molesto—. Déjame.

Qué te importa, era lo que tenía ganas de contestar. Pero casi nunca le contestaba mal a su mamá. Sólo de vez en cuando. Sobre todo cuando le veía cara de preocupación. Odiaba esa expresión de su madre. Y lo más irónico es que se acababa de dar cuenta del moretón; si supiera que es permanente, que dura un año escolar...

—¡Que qué! —gritó El Sanduis, arrancándole la boleta de las manos a Juan—. ¿Que te sacaste nueve en física? No tienes ma... ¿Y ahora cómo decimos en la Dirección que la maestra no sabe explicar? ¿Qué no quedamos en eso? ¿Qué no oíste que la íbamos a correr por reprobarnos a todos? ¿Qué parte de eso no entendiste, pin... Pinky p..?

Los insultos combinados son como más poderosos. Si los mezclas con apodos se convierten en exponenciales, pensó Pinky. Maldijo su pensamiento, el calor que sentía en la cara, maldijo la delgadez de sus brazos, maldijo la posibilidad de sacarse buena calificación. Hubiera preferido ser incapaz de resolver un problema de física, hubiera querido no tener que conservar una beca, hubiera deseado ser otro, menos flaco, hubiera querido no llamarse Juan Rosa.

“Pinky” se había vuelto una parte de su identidad, llevaba desde primero de secundaria escuchando ese apodo. Casi cinco años respondiendo a ese nombre. Alguna vez hasta se había presentado con él. “Hola, soy Pinky”, había dicho sin pensar, y luego había sentido un fuego quemarle el cuello y las orejas. Algunos profesores se referían a él con ese sobrenombre, lo hacían como si fuera de cariño. Quizá se lo hubiera puesto El Sanduis —que lleva el sobrenombre porque tiene una hermana más grande y una más chica—, quizá Barreto, quien durante unos años llevó el apodo de Barreto Barriles, hasta que creció y golpeó lo suficiente para quedar en El Gordo Barreto.

Un zumbido agudo en los oídos impidió que Juan Pinky siguiera escuchando las voces de sus compañeros. Pero pudo ver la escena: se juntaron, gesticularon, deliberaron y El Sanduis llegó con el veredicto.

—Te va a tocar tunda, pinche Pinky. Tienes que estar alerta porque no vas a saber ni cuándo, ni cómo —hizo una seña con el dedo.

Pinky... —agregó, mientras se alejaba— ...vas a quedar morado...

De pronto la mochila había duplicado su peso, el camino hacia la casa parecía haberse alargado, y aunque Juan Pinky supiera que el tiempo es una forma de medir la distancia, sintió que no llegaría nunca a su destino. Pero llegar a casa tampoco era una solución: estaba la cara de preocupación de su mamá, estaba la estrechez de todo lo de alrededor, estaba la realidad con su monedero casi vacío.

—¿Cómo te fue, hijo? —preguntó la mamá con cansancio en su voz.

—(para contar lo que pasa se necesita una enorme cantidad de energía)

—¿Hijo? ¿No me oíste?

—(para decir una mentira también)

—¿Te fue mal? Mira que si bajas tu promedio ya no puedes seguir en esa escuela, tendrás que cambiarte porque yo no puedo pagarla. Te vas a ir como tu prima a una escuela de esas donde casi no van los profesores, y los alumnos no llevan libros... Ya sabes, hijo, no puedes bajar tus calificaciones...

—(soportar el discurso de la mamá también requiere una enorme cantidad de energía)

—¡Contéstame, hijo!

(Portazo, suave, pero portazo)

Ya está Juan Pinky en la calle. Lleva años escuchando el discurso del promedio y la beca. Nunca, casi nunca, le pregunta su mamá algo que no sea acerca de las calificaciones. Como si eso fuera lo único que importara.

En la esquina está don David, el pintor. Así lo conocen, como el pintor. David Silva es su nombre completo. *El maestro silba*, bromeaban sus alumnos en Bellas Artes. Sólo baja una vez al día de su estudio del último piso, a hacer la compra, porque le cuesta mucho esfuerzo subir las escaleras de regreso. Se toma un café en el molino de café que está casi en el portal del edificio. Algunas veces, Juan le ha ayudado a subir la bolsa de la compra. Se asoma por la puerta entreabierta al estudio, cuyas paredes están cubiertas de cuadros. El rellano del último piso tiene un ventanal translúcido, que calienta e ilumina ese espacio.

—Este es mi calefactor natural —dice don David—. Cada vez lo uso más para calentar mis huesos. Gracias, Juan —agrega tomando las bolsas de la compra. Se cerró la puerta. Don David nunca lo había invitado a pasar al estudio.

Juan. Así solito. Sin apellido, sin apodo. Es un descanso.

Juan baja los escalones y va sintiendo cómo se enfría el aire en el cubo de la escalera. Al llegar a la calle, duda hacia dónde dirigir sus pasos. En estas calles está a salvo de El Sanduis y sus colegas. No vienen a esta colonia, ni siquiera la conocen. Juan Pinky caminó durante varias horas.

Al día siguiente, Juan Pinky no se presentó en la escuela. El Sanduis declaró:

—Siempre supe que era p...

Al otro día, tampoco llegó Pinky a la escuela. Los demás no se percataron, estaban muy ocupados discutiendo y argumentando en la Dirección porque iban a tener que presentar exámenes extraordinarios de física, entre otras materias. Pasaron unos cuantos días en que el nombre de Juan Rosa quedó sin voz en la lista de asistencia.

Nadie hacía ningún comentario, nadie parecía recordarlo, aunque Pinky fuera el causante de tantas horas de estudio a último momento. Sólo Pedro registró la ausencia. No dijo nada. Pedro casi no hablaba con nadie.

Las noches son largas para Juan. Ha dormido en el rellano de don David. Ahí se conserva el calor de la tarde durante muchas horas, pero alrededor de las tres de la mañana el frío se instala y se vuelve más difícil dormir. Juan se abraza a sus rodillas, pero ni así logra conservar la temperatura. Las horas más difíciles son antes de las seis: Juan revisa las escenas ocurridas en la escuela, la voz de El Sanduis repitiendo su amenaza, todos los comentarios que ha recibido durante el año, todas las veces que él guardó silencio. Eso le produce tanto coraje que le cuesta trabajo quedarse quieto en el rellano. En cuanto dan las seis de la mañana camina por las calles, pero las que se encuentran lejos de la ruta que toma su mamá para ir al trabajo. Cuando está seguro de no encontrarla en casa, entonces sube a su departamento, abre sin hacer el menor ruido para no llamar la atención de los vecinos. Entra a su casa, se baña y seca perfectamente la regadera, *para que no quede huella, que no, que no*, se cambia de ropa, esconde la que está sucia en el fondo de un cajón.

Ya lo resolveremos más adelante, piensa Juan Pinky. Cada día escribe en un papel distinto, “no te preocupes, mamá.” Papel distinto, color distinto, disposición distinta de las palabras sobre el papel. Juan hace una mueca recordando la cara de preocupa-

ción de su mamá. Ahora sí debe de estar peor, sopea Juan. Ni modo. Come unos bocados de algo que haya en el refri, algo que no se acabe, para que no se note. Se lleva unas monedas del bote de la cocina.

Las banquetas están hechas de distinto material: a veces son de un cemento más liso, otras veces tienen una calidad más gruesa. Algunas aceras están todas levantadas por los árboles que las bordean. Ésas son las que más le gustan a Juan Pinky; le gusta observar las roturas del cemento, la fuerza de las raíces, lo viejo del tronco, y le gusta calcular si seguirá creciendo y si seguirá rompiendo las banquetas. Es un cálculo difícil de hacer, piensa Juan. En algunos lugares la banqueta es muy alta, como si la calle se hubiese hundido. En otras ocurre al revés.

El estudio de las banquetas da para unas cuantas horas. La observación de los árboles, con sus distintos tipos de tronco da para otras cuantas horas; las bancas de los camellones admiten algún tipo de clasificación pero no es muy interesante. Juan se sienta en una banca para tratar de dormir un rato; las noches en el rellano no son las más descansadas. El tiempo se alarga. Esa es una expresión del lenguaje, piensa Juan, ni se alarga, ni se acorta, el tiempo es una medida uniforme que...

Perdido en esos pensamientos, Juan no se da cuenta que se acercan dos muchachos a la banca. Sólo puede ver a uno de ellos que está frente a él; el otro se mantiene atrás, a cierta distancia de la banca. Se acerca el muchacho, Juan tiene los ojos cerrados. Cuando está a unos centímetros, el muchacho dice:

—¿Me regalas un cigarro?

Juan se sorprende, y toca el bolsillo de su pantalón donde suenan unas monedas.

—No tengo, no fumo —dice Juan.

—Trae acá los dineros —susurra el muchacho, mientras le hace un gesto al otro que está atrás de Juan.

—Rápido —dice el otro, acercándose muchísimo a Juan.

Juan tiene que ponerse de pie para poder sacar las monedas del fondo del bolsillo. Cuando se levanta, su estatura es mucho mayor que la de los dos muchachos que se encuentran tan cerca de él. Instintivamente, se hacen hacia atrás:

—Vámonos —dice uno de ellos—, éste sí nos rompe la crisma. Está bien grandote.

Y se alejan tomando distintas direcciones, mientras Juan apenas mete la mano al bolsillo tratando de sacar las monedas.

Les dio miedo —reflexionó Juan sorprendido—. No —reformuló— les di miedo yo.

Y se volvió a sentar en la banca, más que asombrado por los acontecimientos, pero sobre todo por el hecho de que él, el propio Juan Pinky, pudo ahuyentarlos sin tener ni la intención de parecer amenazante.

La madre de Juan Rosa sale de la escuela, cabizbaja. Su cara expresa un sentimiento hecho de cansancio, tristeza y algo más. Le informan que Juan no se ha presentado a clase durante varios días, o que al menos no tiene asistencia en la lista, pero que, claro, a veces a los profesores se les olvida pasarla, o bien no llegan hasta el final porque el grupo es muy inquieto, o a veces no se oye la voz de todos. Que no se preocupe, que Juan tiene exentos todos los exámenes, que su calificación no se verá afectada, que siempre ha sido tan buen alumno... La madre de Juan camina viendo las banquetas; conseguir el permiso en su trabajo para llegar a la escuela le costó unos comentarios desagradables, además de reponer las horas en domingo. Las banquetas son tan irregulares que es fácil tropezar en ellas si uno no mira hacia abajo, piensa la mamá de Juan. Cuando una está tan cansada cuesta trabajo enojarse, continúa, levantando los pies. Lleva en la bolsa de su delantal los recados de Juan.

Pedro, que casi no habla, se acerca a la Dirección. Le toma tiempo. Le toma exactamente el doble de tiempo que a cualquiera llegar al fondo del pasillo donde se encuentran las oficinas del director y los asesores. Es un pasillo largo, con una puerta que lleva el lema “Pase Usted”, pero que se encuentra cerrada. A Pedro, abrirla le cuesta más movimientos que a cualquiera.

En ese momento alguien pasa velozmente y le abre la puerta: —Adelante, yo te la detengo. —Pedro hace una mueca y reanuda su movimiento.

Hace unos meses llegó Pedro a la escuela, ya habiendo empezado el año escolar; nadie escuchó bien de qué ciudad venía. Le cedieron una banca cerca de la puerta. Fue observado detenidamente por sus nuevos compañeros. Primero minuciosamente, y después entró a la categoría de invisible. Una vez que saciaron su curiosidad acerca de los aparatos que sostenían su pierna, cómo se doblaban para que él lograra sentarse, el uso tan hábil que hacía de sus bastones de apoyo, entonces dejaron de mirarlo. Para Pedro fue un alivio.

Un día, en la fila de la cooperativa, estaban Juan y El Sanduis formados esperando que salieran las primeras quesadillas. Pedro se formó detrás de ellos. El

Sanduis comentó:

—Aquí El Fierros se quiere agandallar un lugar en la cola.

Juan se puso colorado, sintió un calor quemarle la cara, se avergonzó de su supuesto amigo, y no supo cómo reparar la situación con Pedro.

—No le hagas caso. Soy Pinky —dijo, extendiendo la mano y maldiciendo el calor de sus mejillas.

Pedro sonrió.

—Te llamas Juan, ya sé —dijo, con algo parecido al buen humor.

Juan se sintió tan mal, que no pudo entender con quién estaba en realidad más enojado: si con El Sanduis, si con él mismo, o con Pedro y su buen humor.

Después de ese día, Pedro y Juan se saludaban con una mirada discreta, una señal de reconocimiento pero que no estaban dispuestos a mostrar frente al grupo. Una mañana que Juan había llegado temprano, se sorprendió al ver al pie de la escalera a Pedro, que parecía esperar a alguien. Juan miró a su alrededor, y al no ver a ninguno de sus compañeros, preguntó:

—¿Esperas a alguien?

—Sí —contestó Pedro, incómodo—. Ahorita viene alguien que me ayude con la mochila.

—Te ayudo yo —dijo Juan Pinky, tomando la mochila sin darle tiempo a Pedro a replicar.

Iniciaron el ascenso de las escaleras. A Pedro le tomaba varios segundos lograr poner ambos pies en cada peldaño. Cruzaron unas cuantas palabras, ningún comentario importante: cómo llegaba cada quien a la escuela (Juan en autobús, a Pedro lo pasaba a dejar su papá, pero muy temprano, porque entraba a su oficina antes de las ocho de la mañana); por dónde vivían (Juan fue un poco ambiguo al decir por dónde, pero Pedro conocía la colonia).

—¿Por donde está el molino de café? —preguntó Pedro.

—La puerta de al lado —contestó Juan, sorprendido de que alguien conociera tan bien los negocios cercanos a su casa.

Estaban a punto de llegar al salón cuando los sorprendió, con paso sigiloso, El Gordo Barreto:

—Buenos días, parejita —susurró burlón.

Ese día, El Sanduis y los demás les dirigieron una mirada socarrona durante las clases.

—¿Qué? ¿Ya tienes novio..? —escupió El Sanduis.

Juan Pinky se prometió nunca más volver a hablar con Pedro.

Pedro entró en la Dirección.

—Toma asiento —indicó la secretaria amablemente.

Pedro agradeció. Sentarse y pararse no eran operaciones que pudiera hacer con facilidad.

—Prefiero quedarme de pie.

—Voy a ver si te pueden atender —le dijo, incómoda.

—Quiero hablar con el director, por favor.

—Pues está ocupadito, ¿sabes?

—Pues lo espero —repuso Pedro.

—¿Para qué asunto es?

Pedro dudó un momento. —Quiero denunciar algo —dijo finalmente.

La secretaria se puso de pie y entró en la oficina del director, que efectivamente estaba ocupado en una llamada telefónica, una conversación que sonaba amistosa, risueña y poco oficial.

La puerta había quedado entreabierta y Pedro podía escuchar fragmentos de la conversación.

—...dile que no, que tengo citas...

—...el chico con el problema de las piernas...
—en la voz de la secretaria.

—Bueno... pues ni modo... Avísale que tengo poco tiempo...

La secretaria salió con una expresión que Pedro ni se molestó en descifrar. Estaba acostumbrado a ser recibido por lástima o por incomodidad, o porque la ley obliga a la igualdad, o porque simplemen-

te “se vería feo” no ser recibido.

—¡Hola! —espetó el director, con falso entusiasmo. Le hubiera gustado recordar el nombre del chico con los aparatos ortopédicos, pero no lo sabía. Hubiera sido lo políticamente correcto.

—Hola —repitió—, ¿para qué soy bueno? Toma asiento, ¿quieres agua?

—No, gracias —dijo Pedro, y empezó el procedimiento para sentarse.

El director ordenaba o desordenaba papeles en su escritorio, mientras Pedro aflojaba una parte del soporte de metal de su pierna.

Finalmente se sentó y dijo:

—Señor director, soy Pedro Ramírez, del grupo de segundo B.

—Claro, claro...

—Quiero avisarle que uno de mis compañeros no ha venido a clase porque hay algunos del salón que lo amenazaron.

—¿Cómo que lo amenazaron? ¡Eso no puede ser!

—Le pido que me deje terminar de explicarle —dijo Pedro.

—Pedro —dijo el director—, lo que dices puede ser muy delicado, y si no es verdad podrías estar acusando a alumnos que han estado por años en esta escue-

la. Te pido que reflexiones bien sobre tus acusaciones, la familia Barreto es una familia prominente, y de los demás, pues si no tenemos testigos de lo que ocurrió afuera de la escuela...

—Yo soy testigo.

—No, pero me refiero a más testigos, a alguien de la escuela, prefecto o alguien así...

—Yo soy testigo —repitió Pedro—. Yo escuché cuando le dijeron “te va a tocar tunda”... Pero además están las burlas, los comentarios por lo bajito...los golpes en el brazo.

—Mira, Pedro, por el momento lo único que tengo son varias inasistencias de Juan Rosa. Sé que hace poco vino la mamá, pero no la pude atender... Parece que Juan también ha estado faltando a su casa, así que por mejor promedio que tenga, pues lo que yo veo es a un chico problemático. En cambio, los compañeros a los que te refieres, pues los conozco de hace tiempo; han sido latosos, pero nada más, nada muy grave. Son familias...

—... ¿que pagan?

—Que tengas una dificultad no te da derecho a ser impertinente. Te pido que reflexiones si no quieres que te ponga un reporte por acusaciones falsas o por motivos de falta de respeto.

—Con todo respeto, señor director, si me pone

un reporte se lo voy a agradecer. Será la constancia de que vine a hablar con usted, en caso de que tuviéramos que acudir a otras instancias.

—...Pero... ¡cómo te atreves! Claro que te pongo un reporte y quiero que lo firme tu papá.

—Sí, señor director.

—¡Ofelia! Tráigame una hoja de reporte y el sello. Esto no se va a quedar así...

—¿Se refiere usted a la situación de Juan Rosa?

Le dirigió una mirada furiosa, garabateó algunas cosas sobre un papel que le entregó a Pedro.

Pedro inició el proceso de ponerse de pie. Tardó en enderezar el metal y en ajustarlo.

Cuando estuvo erguido, dijo:

—Le agradezco la atención, señor director. Como no me conoce, y como parece que tampoco conoce bien a Juan Rosa, aunque lleva más tiempo aquí que yo, voy a buscar alguna manera de que pueda creerme. Quizás si hablara con los demás alumnos...

El director cerró apresuradamente la puerta, dejando a Pedro casi sin tiempo de dar el último paso fuera de la Dirección.

—Ahora sí que lo hiciste enojar —comentó Ofelia, la secretaria—. Ven, le tengo que poner el sello a tu reporte.

—¿Tiene la fecha? —preguntó Pedro.

—¿Para qué quieres saber si tiene fecha o no? Si no lo traes firmado mañana, no entras...

—Por eso...

Mientras abría la puerta con su reporte en la mano, Pedro escuchó decir a sus espaldas:

—¿Quién iba a decir? Tan formal que se veía el cojito...

Pedro llegó tarde a la siguiente clase. El Gordo Barreto dijo:

—Maestra, ¿me lo repite?, aquí El Fierros no me dejó escuchar...

La maestra ocultó una sonrisa, y continuó diciendo:

“En la asamblea de la ONU, se discuten los derechos de todos los países...”

Por la tarde Pedro fue a recorrer la calle donde vive Juan. No lo vio por ningún lado. Tampoco conocía en qué piso del edificio vivía Juan. Preguntó en el molino de café:

—Ah, sí, Juan...No lo he visto, bueno, todos los días se tomaba un café por la mañana. Últimamente, ya no. Pero a lo mejor lo veo pasar.

—¿Le puedo dejar un recado?

Don David escuchaba, en silencio, dándole sorbitos a su café. Cuando Pedro salió del molino, se le acercó y le preguntó:

—¿Qué hay con ese chico Juan?

—Pues... —dudó Pedro—, quería darle un recado de la escuela.

—Yo puedo dárselo —aseguró don David.

Por alguna razón, Pedro confió en don David. Le explicó brevemente lo ocurrido. También le dijo que quería presentar una denuncia y que iba a averiguar dónde hacerlo.

Don David dijo que había que ir a la policía o a Bellas Artes. Pedro se sorprendió.

—¿Por qué a Bellas Artes? —preguntó, aunque lo de la policía le sonaba peor.

—Porque tengo contactos en Bellas Artes —dijo orgulloso don David.

—Pues... a lo mejor los necesitamos —sonrió Pedro.

Pedro se fue a una de las oficinas de Derechos Humanos que quedaba muy cerca del trabajo de su papá.

La información que le dieron lo dejó inquieto. El asesor de esa oficina había sido contundente: era necesario presentar una denuncia por amenazas en

el Ministerio Público, era necesario que fuera el interesado o los padres del interesado. Podían acudir a la Fiscalía para menores y levantar un acta. El asesor le insistió a Pedro que era importante que lo hicieran, porque en ocasiones esas amenazas sí se cumplen y pudiera ocurrirle algo al muchacho.

—¿Eres tú, o es un amigo? —se atrevió a preguntar el asesor.

Pedro negó con la cabeza.

El asesor continuó:

—Puedes ir con el juez de Paz, que tratará de buscar un acuerdo entre los muchachos, y si hubiera una infracción a ese acuerdo, entonces puede haber una sanción, ya sean labores en favor de la comunidad o, inclusive, privación de la libertad.

Pedro salió de ahí desalentado. Tendría que encontrar a Juan, después convencerlo de ir a levantar una denuncia, tendría que ir alguno de los padres. Imaginaba la junta con El Gordo Barreto y El Sanduis y Juan en una oficina con un juez haciéndoles prometer que serían buenos amigos, y diciéndoles que se dieran la mano, como en el kinder... Iba a resultar peor.

Cabizbajo, Pedro caminó hacia la oficina de su papá. Son unas cuantas cuadras. Afortunadamente, porque hasta hace un tiempo, la oficina estaba en el

Tribunal de lo Contencioso Administrativo, un edificio que no tiene elevador, y para Pedro era prácticamente imposible subir hasta donde se hallaba su padre.

Las banquetas, cuando traes dos bastones, son un reto grande. Pedro tiene que hacer dos establecimientos de equilibrio: el propio, que viene de la dificultad en sus piernas, y el que impone una banqueta inclinada, dispareja, rota, incompleta o en reparación. Unas cuantas cuadras de malabares en equilibrio.

Le pidió dinero para un taxi a su papá. Le explicó que regresaría a buscar a Juan para darle la información que había obtenido. El señor Ramírez sabía lo que estaba ocurriendo con Juan porque Pedro le había contado algunas cosas. No sabía que su hijo estaba tan preocupado como para hacer todas esas diligencias.

—¿Te ayudo en algo? ¿Quieres que vaya a la escuela, hijo?

—Papá, me tienes que firmar un reporte por falta de respeto —casi había olvidado Pedro el papelito en su mochila.

El señor Ramírez escuchó la historia de la entrevista con el director de la escuela. Disimuló una sonrisa de orgullo, y dijo:

—Firmaré el reporte, pero sobre el escritorio del director.

Pedro tomó el taxi; tenía dos inquietudes grandes: encontrar a Juan y darle la información, y lo que podría pasar con él si el director la tomaba en su contra. Sabía que eso podía ocurrir, y si su papá iba a hablar con el director, todavía peor. Pero no hubo manera de convencer a su padre de que simplemente firmara el reporte. No hubo manera.

El taxi lo dejó frente al molino de café. Ahí estaba don David.

—Encontré a Juan —dijo con entusiasmo. Está en mi casa escribiendo una carta...— Ah, y llamé a Bellas Artes...

Pedro sonrió.

Subieron los cuatro pisos, don David y Pedro. Tomaron un descanso en cada uno de los rellanos, lo cual le permitió a Pedro contarle la información respecto a la denuncia.

Juan escribía una carta sobre el restirador lleno de manchas de pintura de don David. Tan concentrado estaba que no escuchó los pasos y el ruido en la escalera.

Juan, sorprendido, sorprendidísimo, escuchó a

Pedro y los datos que le traía. No entendió el mecanismo de cómo y dónde denunciar, pero lo único que podía pensar era que Pedro había hecho todo ese recorrido, había ido a las oficinas, tanto del director de la escuela, como de Derechos Humanos, que había subido los cuatro pisos para contarle todo eso. “Eso es lo único que importa”, pensó Juan. “Gracias”, pensó también, pero no lo dijo.

Don David se sentía orgulloso porque una amiga suya en Bellas Artes, una antigua alumna, una mujer que le llamaba Maestro, le había sugerido escribir una carta que pudiera ser leída por Juan en el salón de clases. El pintor estaba entusiasmado por la idea, y quería explicarle la ocurrencia a Pedro, que se mostró un tanto incrédulo. Pero Juan dijo:

—Me falta poco, espérame para que te lea lo que llevo. Luego le agregaré estos datos de cómo levantar una denuncia. Mientras, que don David te muestre sus pinturas. Te vas a sorprender...

Pedro empezó a recorrer con los ojos las paredes del estudio. Cuadros asombrosos, recortes de periódico en varios idiomas anunciando las exposiciones de David Silva en Alemania, en Polonia, en la antigua Unión Soviética... Pedro quiso saber si había cuadros de don David en algún museo de esta ciudad, pero Juan los interrumpió:

—Escuchen...

Rosa es un color que se asocia a lo femenino. Lo femenino a veces se asocia con la fragilidad. En cambio, los pintores saben que el color rosa es una de las formas de la luz.

—Eso está bonito —se congratuló don David.

—Está cursi —aseguró Pedro, preocupado.

Pero la realidad es que Rosa es el nombre que dejó mi padre, y mi madre sólo ha sido valiente. Valiente y silenciosa. Yo aprendí tan sólo el silencio y olvidé la valentía. Me puse a fingir que no me importaba cómo me llamaran, y adopté el silencio. Después realmente me lo creí, creí que no me importaba mi apodo. Y luego jugué a que no me importaba cómo me trataran, cómo me empujaban, cómo me daban puñetazos en el brazo. Lo que quería era sentir que tenía amigos y no estar solo en los pasillos o en el patio.

Hoy, aprendí algo distinto. Supe que los amigos se reconocen por otras cosas. Por ejemplo, por lo que hacen, por cuánto se mueven por ayudarnos aunque les cueste moverse. Por cuánto se cansan y siguen haciendo cosas cuando lo necesitamos. Aprendí que los amigos pueden tener la misma edad que uno o tener cien años.

—¡Oye!, yo no tengo cien años —protestó don David.

Aprendí o recordé, no sé, que sólo se ofende a los

que no pueden devolver el golpe. Casi nunca atacamos a los que pueden lastimarnos. Así que tuve que volver a pensar quién es el cobarde y quién es el valiente.

De todas maneras, a veces el miedo es más grande que uno. Así que mi amigo investigó qué se necesita para levantar una denuncia cuando alguien amenaza dentro de la escuela y parece que nadie hace nada.

—Y eso lo vas a leer en la escuela? —preguntó Pedro azorado.

—No, cómo crees, no me la acabo, ahí sí me toca tunda antes de acabar...

—Pues deberías —aseguró don David.

—O deberíamos publicarlo... —reflexionó Pedro.
Presentarse al Ministerio Público...

—Eso ya no me lo leas —pidió Pedro.

Para terminar quiero expresar...

—No, expresar no —reclamó Pedro—, se oye... ridículo.

Para terminar quiero decir...

Juan levantó los ojos, buscando aprobación.

quiero decir que...

—...ya no sé qué poner —suspiró Juan.

—Ya sé —exclamó Pedro—, hay que publicarlo; hay que hacer distintas versiones de tu texto. Eso sí, le quitamos lo del color rosa, y lo femenino... Y buscamos en Internet si hay información sobre violen-

cia escolar y ahí podemos subir tu texto y se lo llevamos al director, y lo llevamos a la oficina de mi papá, a ver qué se le ocurre...

—¡Y a Bellas Artes! —insistió don David.

—Bueno —rieron juntos Juan y Pedro.

...quiero decir que... cuando alguien molesta a otro y nosotros presenciamos hay cosas que podemos hacer... y quiero decir que si a cualquiera le ocurre algo parecido no debe quedarse callado, no debe mirar hacia otra parte, no debe pensar que así son las cosas.

—Es más —exclamó Pedro—, aquí ponemos distintas recomendaciones sobre cómo defenderse, cómo mantener una postura que no anime a los que molestan...

—¿A qué te refieres con postura?

—A mantenerte erguido, a hacer contacto visual, a decir con tu cuerpo un mensaje...

—Lo contrario de lo que yo hago —susurró Juan. Yo quiero desaparecer, entonces me agacho, me encojo y me va peor.

—¡Ya sé! —exclamó Pedro—, podemos hacer un folleto y repartirlo por toda la escuela...

—Necesitaríamos más de mil...

—Hablaré con mi papá...

—Yo quiero hacer algo —reclamó don David. Recuerden que lo bueno, si breve, dos veces bueno.

—¿O sea que “menos rollo”? —preguntó Juan desalentado.

—Menos, menos —dijo don David trazando algo en un papel...

A los pocos días aparecieron unos volantes en la escuela, en la tiendita, en distintos lugares de la ciudad.

Si alguien te molesta



¡Todo menos el silencio!



Busca ayuda



Busca más ayuda



No estás solo



Ilustraciones de David Silva

Juan Charal, el más gandalla; Cristóbal y su caja de perros; Rofo y la dona de piedra; Juan Pinky terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, México D.F., en diciembre de 2008. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Iburguren, técnica especializada “A”. El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel cultural de 75 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger y Goudy.